

Medios de Santificación Sacerdotal

Entre los medios de santificación del sacerdote, señalados por Monseñor Larraín, cabe destacar el núcleo del cual derivan inmediatamente éstos y que se expresa con particular claridad en la "Oración Sacerdotal" de Jesucristo, que nos ofrece San Juan en el capítulo 17 de su evangelio y que nuestro autor comenta ampliamente en los primeros años de su sacerdocio.

Podemos afirmar que en este escrito está el núcleo de espiritualidad que ilumina y da unidad a todos sus demás escritos sobre el tema.

Su preocupación como obispo para que el alma de los sacerdotes de su diócesis se mantenga siempre lo más vivificada posible, por su contacto permanente con Dios, se manifiesta por sus escritos a ritmo anual, mensual y semanal, orientados a tal propósito.

"SANCTIFICA EOS"
ELEVACIONES SOBRE LA ORACION
SACERDOTAL DE JESUS (1)
(1936)

A

MONS. CARLOS CASANUEVA (2)

Rector de la Universidad Católica de Chile

Don Carlos:

Permita que hiriendo su modestia, coloque al frente de estas sencillas "elevaciones sacerdotales", su nombre. Son el sincero y filial homenaje del joven de hace años cuya vocación Ud. orientó y del sacerdote actual cuyo ministerio ha fortificado con su palabra y con su vida apostólica.

Quiero que en el hecho de asociar su nombre al modesto comentario sobre la "Oración sacerdotal de Jesús", vea la expresión de la gratitud tierna, el filial cariño y la veneración profunda que le profesa.

El Autor.

Estas páginas iniciadas hace años en las tranquilas horas de una navegación por el Pacífico no fueron en su comienzo más que una simple expansión de mi alma, ajena a toda idea de publicidad; más tarde consideré que en forma privada podrían circular trayendo algún provecho a mis hermanos sacerdotes y a mis amados seminaristas cuyo recuerdo siempre me acompaña y traté de darles un carácter menos personal.

Personas que las leyeron me insinuaron la conveniencia de su publicación. Al correr los años la situación había cambiado. La necesidad de una renovación evangélica de la vida moderna se mostraba cada vez más urgente. La obligación de los sacerdotes de beber más intensamente en el Evangelio y especialmente en la oración sacerdotal, el espíritu interior para restaurarlo todo en Cristo, aparecía más imperiosa todavía.

Por otra parte, llamado por mi Prelado a la Dirección Espiritual del Seminario Mayor, las páginas que antes eran fruto de un afecto nacido del deseo de colaborar modestamente a la formación del clero, pasaban ahora a ser dulce, pero terrible obligación.

(1) Padre Las Casas: Imp. San Francisco 1936), 142 pp.

"Sanctifica eos": "Santificolas" (Jn. 17, 17)

(2) Mons. Carlos Casanueva fue quien llevó al entonces Pbro. Manuel Larraín a colaborar en la Universidad Católica.

Todo esto me indicó la conveniencia de esta publicación.

Escritas en su comienzo teniendo pocas obras de consulta a mano, las he completado después haciendo seguir a cada versículo una corta *exégesis* inspirada en autores de reconocida competencia que reflejan el pensamiento tradicional de la Iglesia.

Sigue a esta *exégesis* una "*elevación*" (3) en la cual se trata de explicar al alma del sacerdote y seminarista las reflexiones que nacen del texto que se contempla. La interpretación de esta parte es más bien acomodaticia, ciñéndome, sin embargo, a las normas que en esta materia da la Iglesia y en lo posible, siguiendo la interpretación o pensamiento de los Padres o grandes Exégetas.

Me he servido especialmente de los comentarios de Knabenbauer en el *Cursus Scripturae Sacrae*, Marco Sales, Fillion, Huby, Dehaut y diversos autores ascéticos.

Al través de las páginas del Capítulo XVII de San Juan he sentido latir lleno de amor el Corazón del Maestro para sus sacerdotes y he pensado que sería obra grata a sus ojos divinos el comunicar las impresiones que han pasado por mi alma a su lectura.

No es una *exégesis* propiamente dicha, ni tampoco un manual de meditaciones, sino tan sólo simples elevaciones evangélicas que pueden servir tanto a la lectura como a la oración.

Quieran mis amados seminaristas recibir este modesto trabajo en el cual encontrarán algo de lo que a menudo les he repetido, y en el cual espero que el Divino Espíritu les ayudará a concebir muchas otras cosas que en mi incapacidad no he podido decirles.

Pidiendo la indulgencia necesaria, entrego estas páginas con el gesto confiado del sembrador que arroja al surco el grano fecundo, esperando en el Señor de la Mies que hace fructificar la humilde simiente lanzada en su nombre.

M. L. E.

25 de Julio de 1936
Fiesta del Apóstol Santiago
Patrón de la Arquidiócesis.

I.— *La Oración de Jesucristo*

Evangelio de S. Juan, Capítulo XVII.

1) Estas cosas habló Jesús; y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora es llegada, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti.

2) Pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado.

3) Y la vida eterna consiste en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste.

(3) Las elevaciones son ordenadas en base a subtítulos en latín que no hacen otra cosa que citar textualmente parte del texto que se comenta. Ahora bien, como éste aparece en latín, seguido inmediatamente por su traducción, no ha sido necesario traducir cada subtítulo de la elevación. En el texto siguiente omitimos la versión latina.

4) Yo te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra, cuya ejecución me encomendaste.

5) Ahora glorifícame tú ¡oh Padre! en ti mismo, con aquella gloria que "como Dios" tuve yo en ti, antes que el mundo fuese.

6) Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado, entresacados del mundo. Tuyos eran y me los diste, y ellos han puesto por obra su palabra.

7) Ahora han conocido que todo lo que me diste, viene de ti.

8) Porque yo les di la doctrina que tú me diste; y ellos la han recibido y han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú eres el que me has enviado.

9) Por ellos ruego. No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son.

10) Y todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías; y en ellos he sido glorificado.

11) Yo ya no estoy más en el mundo, pero éstos quedan en el mundo; yo estoy de partida para ti. ¡Oh Padre santo! guarda en tu nombre a éstos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa (por la caridad) así como nosotros lo somos (en la naturaleza).

12) Mientras estaba yo con ellos, yo les defendía en tu nombre. Guardado he los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido sino el hijo de la perdición, cumpliéndose así la Escritura.

13) Mas ahora voy a ti; y digo esto en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo.

14) Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo les ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo.

15) No te pido que les saques del mundo, sino que les preserves del mal.

16) Ellos no son del mundo, como ni yo tampoco soy del mundo.

17) Santificalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad.

18) Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo.

19) Y yo por amor de ellos me santifico, a mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la verdad.

20) Pero no ruego solamente por éstos, sino también por aquéllos que han de creer en mí por medio de la predicación.

21) A fin de que todos sean una misma cosa; y que como tú ¡oh Padre! estás en mí y yo en ti (por identidad de naturaleza), así sean ellos una misma cosa en nosotros (por unión del amor); para que crea el mundo que tú me has enviado.

22) Yo les he dado (ya parte) de la gloria que tú me diste, para que sean una misma cosa como lo somos nosotros.

23) Yo estoy en ellos, y tú estás en mí: a fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado, y que les has amado a ellos, como a mí me amaste.

24) ¡Oh Padre! yo deseo que aquéllos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado; porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo.

25) ¡Oh Padre justo! el mundo no te ha conocido; yo sí que te he conocido; y éstos han conocido que tú me enviaste.

26) Yo por mi parte les he dado y daré a conocer tu nombre, a fin de que el amor con que me amaste, en ellos esté, y yo en ellos.

II.— *La oración sacerdotal de Cristo*

Explicación previa

Cristo Nuestro Señor hace esta oración como Pontífice magno y por esta causa los intérpretes la llaman: "Oración del Sumo Sacerdote, oración sacerdotal, oración pontifical de Cristo".

Jesús ruega ahí por lo que constituye el fin de toda su obra redentora, a saber, que su oblación dé a Dios la gloria debida y traiga a los hombres la salvación que necesitan.

Cristo Nuestro Señor se muestra aquí como ejemplar del alma que ora, y con ese mismo ruego consuela a sus discípulos que comprenden que no puede carecer de efecto lo que El mismo pide.

Con razón se admira en esta oración la sublimidad, la suavidad y riqueza de afectos. Cornelio a Lápide la compara al canto del cisne llena de dulzura y ardor.

La oración sin duda tuvo lugar en el Cenáculo, tal es el común sentir de los Comentadores.

Para mejor inteligencia señalamos las principales divisiones de esta oración.

1) *Cristo ora por sí mismo (v. 1 al 9)*

En primer lugar pide a su Padre lo glorifique, mostrándole cómo ha cumplido la obra encomendada (v. 1-5) y exponiendo en qué forma la ha llevado a cabo (v. 5-8).

2) *Cristo ora por sus discípulos (v. 9-19).*

Y después de indicar las causas, a las cuales les sirven de proemio los v. 6-9 pide para ellos al Padre, que los conserve en la unidad, los preserve del mal y los santifique en la verdad.

3) Por último en los v. 20 al 26 pide al Padre por todos los fieles, para que sean unos y así conduzca al Padre los que El le confió. *Cristo ora por la Iglesia.*

Este comentario del Cap. XVII de San Juan, vuelve a repetirlo, no es ni una exégesis, ni una meditación, sino tan sólo *simples reflexiones* nacidas al calor de las palabras divinas de Cristo y del anhelo que todos los Sacerdotes sepamos sacar de ese testamento de caridad las lecciones de santidad que para nosotros encierra.

La oración de Cristo por sí mismo (v. 1-9).

La oración de adiós de Jesús va a comenzar. El *Sumo Sacerdote* de la nueva ley ofrece en ella su sacrificio por la salvación del mundo. El *Profeta* por excelencia, se muestra en esa plegaria que penetra en los misterios de la divinidad y abre ante el creyente los secretos del porvenir. El *Rey mesiánico* a quien le ha sido dado poder sobre toda carne para la salvación del mundo se manifiesta en estas frases. Compendio magnífico de toda la

teología, la oración sacerdotal de Cristo, presenta a nuestro espíritu los grandes misterios de la fe. El Padre que envía a su Hijo para la Redención del mundo, el Verbo Encarnado, Sumo Sacerdote, que conduce a la humanidad hacia Dios, la Iglesia que prolonga en el tiempo el misterio de la Encarnación, el alma que por la Iglesia y por Cristo se estrecha en mutua unión con la Trinidad Santísima, todo está encerrado en los conceptos sublimes de la oración sacerdotal.

Sacerdote de Jesús, marcado por su sello indeleble, hecho por ese carácter participante real de su sacerdocio (4), semejante en todo a El, reflejo de su fisonomía sacerdotal, es necesario que me impregne de los sentimientos de esta oración, que ella pase por mis labios como pasó por los de Cristo, que ella llegue a mi corazón y me comunique sus sentimientos.

Sacerdote de Cristo, Ministro de la "grande acción", yo no puedo subir al altar del sacrificio sino revestido de los sentimientos de Aquél en cuyo nombre voy a ofrecerla.

III.— *La Glorificación de Cristo*

V. 1. *Haec locutus est Jesus, et sublevatis oculis in coelum dixit, Pater venit hora, clarifica filium tuum, ut filius tuus clarificet te.*

"Estas cosas habló Jesús; y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora es llegada, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti"...

1) *Exégesis*

Cristo ora en cuanto hombre y por El. Ha llegado la hora de su muerte y por tanto la de su glorificación. Fundándose en la relación personal que une al Padre con el Hijo, Cristo pide la exaltación de su humanidad por la entrada en la gloria celestial. De ahí vendrá la manifestación de su dignidad a los hombres y todo ese triunfo de Cristo se dirigirá a la gloria de Dios Padre, proclamando que Jesús es el Señor (5).

2) *Elevación*

Haec locutus est Jesus... para darnos con su doctrina de caridad infinita la paz del Corazón "ut in me pacem habeatis" (6) para que en mí tengáis la paz, *et sublevatis oculis in coelum...* la mirada al cielo que significa imploración; la misma que El alzó en los grandes momentos de su vida (7), la que mejor expresa la verdadera actitud del hijo que vive abandonado en manos de su Padre celestial. "mis ojos están siempre dirigidos al Señor" como lo están los ojos de la esclava en manos de su dueña, así están fijos mis ojos al Señor Dios nuestro para que derrame sobre nosotros su misericordia (8).

(4) Suma Teológica, III, q-63, a-3.

(5) *Cfr.*, Flp. 2, 9-11.

(6) Jn. 16, 33.

(7) Jn. 15, 5; 11, 41.

(8) Sl. 24; Sl. 122.

...Dixit: el Verbo eterno, la palabra substancial del Padre, la revelación más perfecta de Dios; dijo,... habló a sus sacerdotes, y sus palabras "son espíritu y vida".

Pater venit hora. Todo tiene su hora en los designios divinos. Ha llegado la de glorificar al Hijo de Dios. Pero esa gloria debe brotar del sufrimiento "¿no era necesario que el Cristo padeciese y entrare así en su gloria?".

Ha llegado la hora ansiada por Jesús en que iba a consumir la obra de su misericordioso amor, la hora en la cual su corazón va a manifestarse entre sus predilectos, la hora sacerdotal por excelencia. La oración de Cristo en ese instante es la expresión más elocuente de su voluntad sobre sus sacerdotes.

Venit hora... la de la exaltación suprema de Jesús, "porque cuando fuere exaltado de la tierra, todo lo atraeré a mí" (9). Venit hora, aquélla en que manifieste la santidad que quiere ver relucir en sus ministros, porque la santidad sacerdotal es la mayor gloria de Jesús. Pero ya no se dirige a ellos; es a su Padre celestial a quien habla para hacer aún más eficaz su plegaria, pues sabe "que el Padre siempre lo oye" (10). Y en esa hora por excelencia suya, quiere pedirle antes de realizar el sacrificio lo que su Corazón divino con mayor ansia desea; la santidad sacerdotal.

...*Clarifica Filium tuum*, muéstralo al género humano por su resurrección gloriosa como el Redentor del mundo. Glorifica a tu Hijo en sus sacerdotes que han de ser los continuadores de su obra, su prolongación en el tiempo, sus embajadores.

...*Ut Filius tuus clarificet te.* Glorifícalo para que El te glorifique continuando por su Iglesia la extensión del reino de Dios. Cristo glorificó a su Padre en los días de su existencia terrena, lo glorifica aún en su místico cuerpo, lo glorifica de una manera especial en sus sacerdotes. Ellos son su voz que resuena, su mano que redime, su boca que amaestra, su vida que circula.

"Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella" (11), para que en sus miembros y sobre todo en su jerarquía se exhibiera "puram, sanctam, immaculatam, non habentem maculam aut rugam" (12), porque sabía que nada glorifica a Dios como la santidad de sus ministros.

IV.— *Sacerdote-Rey*

Vers 2. Sicut dedisti ei potestatem omnis carnis, ut omne quod dedisti ei, det eis vitam aeternam.

"Así como le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado".

1) *Exégesis*

Jesús añade el motivo de su petición e indica el modo por el cual El glorificará a su Padre. Tú, oh Padre, parece decirle, no puedes negarte

(9) *Jn.* 12, 32.

(10) 42.

(11) *Ef.* 5, 25.

(12) Tr.: "Pura, santa e inmaculada, sin mancha ni arruga". *Ef.* 5, 25.

a escuchar mi súplica porque has prometido el darme como a Mesías todas las naciones de la tierra en herencia (13), a fin que yo los conduzca a la salvación. Ahora bien, con mi pasión y muerte y por medio de la predicación de mis Apóstoles, yo he abierto a todos el camino de la eterna salud procurándote así la mayor gloria" (14).

2) Elevación

..*Sicut dedisti ei potestatem omnis carnis...* todo poder le ha sido dado en el cielo y en la tierra (15). Cristo es Rey, su humanidad ha "sido unguida con el óleo de la divinidad" y por eso Rey-Sacerdote, Dios en su misericordia infinita nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor" (16). "Somos su pueblo y las ovejas de su rebaño" (17). Como Rey tiene potestad suprema sobre nuestras almas que redimió con su sangre, sobre nuestros cuerpos que santificó con el suyo, sobre nuestros bienes que nos dio como instrumento para la glorificación divina.

..*Ut omnia quod dedisti ei, det eis vitam aeternam.* Ese poder sobre toda carne le fue dado para que como cabeza del Cuerpo Místico y en función de su eterno sacerdocio ejerciera sobre todos los miembros su vital influencia. "He venido para que tenga vida y la tengan en abundancia" (18). "Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos" (19).

En Cristo está la plenitud de la gracia "plenus gratiae et veritatis" (20); y de su plenitud todos hemos recibido.

Dios derramó sobre la Cabeza de su Hijo divino el tesoro infinito de gracias, "sicut unguentum in capite" (21) y a la manera como el perfume desciende hasta los últimos bordes del vestido sagrado "in oram vestimenta ejus" (22) o como el rocío que derramado sobre la cumbre del monte desciende hacia los otros inferiores "sicut ros Hermon qui descendit in montem Sion" (23) así el caudal de gracias de Cristo se derrama sobre sus miembros, para que, a todos aquéllos que, tú, Padre, le diste, El, por su sacerdocio les dé la vida eterna.

V.— La Vida Eterna

V. 3. *Haec est autem vita aeterna, ut cognoscant te, solum Deum verum et quem misisti, Jesum Christum.*

Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti sólo Dios verdadero y aquél a quien enviaste, Jesucristo.

(13) *Sl.* 2, (7-8); 71, (89).

(14) M. Sales O. P. *La Santa Biblia*.

(15) *Mc.* 26, 31.

(16) *Col.* 1, 12-13.

(17) *Sl.* 77, 13.

(18) *Jn.* 10, 10.

(19) *Jn.* 15.

(20) *Jn.* 1, 14.

(21) Tr.: "Como el unguento en la cabeza", *Sl.* 132.

(22) *Ibid.*

(23) *Ibid.*

1) Exégesis

Expone en qué consiste esa vida eterna de la cual acaba de hablar. La vida eterna consiste en la visión de Dios por medio del único Salvador y Mediador, Jesús. "La vida eterna en el Cuarto Evangelio, dice, Huby, es ya la fe viva, llamada a desarrollarse en visión cara a cara, es aquí abajo, la adhesión a Cristo por la fe y la caridad. Vida de fe, visión faz a faz, no son sino dos aspectos de esa vida eterna. La primera es la segunda lo que el botón a la flor, el alba al mediodía" (24).

2) Elevación

..*Haec est autem vita aeterna...* la vida de la gracia; eterna porque viene de Dios; eterna también porque se perfecciona en la gloria. "El hombre es el centro de dos eternidades". Todos los actos de nuestra vida se proyectan en la eternidad. Al contacto de la gracia de Cristo, de esa vida plena que El vino a traernos, nuestra vida efímera y transitoria adquiere el sello de la eternidad.

..*Ut cognoscant te solum Deum verum...* ésta y no otra es la vida eterna. Es el primero de los mandamientos conocer y amar a Dios; no es el conocimiento natural de las cosas creadas, sino el sobrenatural por la gracia, del mismo modo, aunque imperfectamente, como él se conoce y se ama.

El conocimiento de Dios por la oración, "*haec est autem vita aeterna*", la verdadera e indispensable ciencia del alma sacerdotal. Conocimiento de Dios no teórica, sino aquél que conduce hacia el amor. "Si supiera todo lo que hay en el mundo y no estuviera en caridad ¿de qué me servirá ante Dios que debe juzgarme por mis obras?"

¡Cuánto deseo inmoderado, a veces de profundizar en las ciencias humanas! ¡cuán poco de penetrar en la del conocimiento divino! "Cuántos perecen por la vana ciencia del siglo y cuidan poco del servicio de Dios" (25).

La vida eterna que como sacerdote debo vivir y comunicar es la del conocimiento de Dios y ésta no se adquiere sino a base de humildad, oración y recogimiento "estudia, pues, separar tu corazón de las cosas visibles y trasladarlo a las invisibles" (26).

La razón primera que tengo para tratar de conocer y amar a Dios es ante todo Dios mismo. Nadie puede tener mayor derecho a ser conocido y amado que El. Ningún conocimiento y amor me trae mayores ventajas que éste.

El nos amó primero "Ipse prius dilexit nos"; de El fue dicho: "tú eres mi Dios porque no tienes necesidad de mis bienes" (27). Y me ama a mí... y ¿cuánto?

—oye a S. Juan: "sic Deus dilexit" así amó al mundo que nos dio su Unigénito.

—oye a San Pablo: "no perdonó a su propio Hijo" "non perpercit" (28)... por mí.

(24) Huby. *Le discours de Jesus, après la Cène*. Coll Verbum Salutis, Edit 1932.

(25) Kempis.

(26) *Ibid.*

(27) *Sl.* 15, 2.

(28) *Rm.*, 8, 32.

—oye a Cristo: “maiozem charitatem nemo habet... nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (29).

...Y El lo hizo por mí... su enemigo.

Ut cognoscant te... divisa para mi vida de apóstol. El gran olvidado de nuestros días es Dios, su altar es el del Dios desconocido “ignoto Deo”. Conocerlo para que lo conozcan... tal como es... bueno y misericordioso con corazón de Padre y perdones de Rey. Un Dios que vive en el fondo de nuestras almas, que ha hecho de ellas su templo, que les comunica su vida. Un Dios que es Padre y como tal nos ama, un Dios que es la verdad absoluta que nuestras almas inquietas buscan, la belleza infinita que nuestro corazón ansía, “siempre antigua y siempre nueva” como la llamó Agustín cuyo espíritu no encontró reposo “donec requiescam in te” hasta que en El descansó. ...*Et quem misisti Jesum Christum*. “Dios habita una luz inaccesible” dice San Juan, pero se revela a nosotros en su Hijo Jesucristo “illuxit in facie Christi Jesu” (30). “A Dios nadie lo ha visto” (31) es el altísimo ante quien “tremunt potestates” “pero el Unigénito que está en el seno del Padre nos lo da a conocer” (32). *Ipse enarravit*.

Jesús es la revelación del Padre “si me conocierais a mí, ciertamente conoceríais al Padre” (33). ¡Cómo Felipe, tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conocéis! ¿Cómo dices, muéstranos al Padre? El que me ve, ve al Padre. No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? (34).

“Y la vida eterna está en el Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo no tiene la vida; (35).

Jesús es “camino, verdad y vida” (36). Y San Bernardo comenta: Camino por el cual debo marchar, verdad que debo alcanzar, vida en la cual debo permanecer”. Y Agustín de Hipona añade: “via in exemplo, veritas in promissio, vita in praemio” (37).

El mundo debe conocer a Jesucristo “non est in alio salus” (38), “sed quomodo sine praedicante, pero ¿cómo si no se le predica?” (39). ¿Y cómo predicará el sacerdote a Jesús si no lo conoce íntimamente? ¿Y cómo lo conocerá si no se acerca y vive de las dos fuentes donde esa ciencia se bebe; el Evangelio y la Eucaristía? “Summum igitur studium nostrum sit in vita Jesuchristi meditari” (40).

Pero el que quiere plena y profundamente gustar la palabra de Cristo, es necesario que trate de conformar con El toda su vida (41). A los sacerdotes de un modo especial se dirigen las palabras del Apóstol San Pedro: “Id creciendo en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”

(29) *Jn.* 15, 13.

(30) *II Co.* 4, 6.

(31) *Jn.* I, 18.

(32) *Id.*

(33) *Jn.* 14, 7.

(34) *Id.*

(35) *I Jn.* 5, 12.

(36) *Jn.* 14, 6.

(37) S. Agustín. Sermo II de Asc.: Tr.: “El camino en el ejemplo, la verdad en la promesa y la vida en el premio”, S. Ag., sermón 2 de Asc.

(38) *Hch.* 4, 2.

(39) *Rm.* 10, 14.

(40) Tr.: “Que la cumbre de nuestro estudio consista en meditar la vida de Nuestro Señor Jesucristo”; Kempis.

(41) *Ibid.*

(42). Pero no un conocimiento teórico "sine fructu" (43) sino el íntimo y práctico que se bebe en su adorable corazón "ubi sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae Dei" (44). El mismo apóstol San Pedro nos recuerda "que el que no posee este conocimiento es ciego, "et manu tentans" (45). Por lo cual añade, esforzáos más, hermanos, en hacer cierta por las buenas obras vuestra sobrenatural vocación" (46).

¡Sacerdote de Jesucristo! ¿lo conozco, humilde, misericordioso, paciente, bueno, lleno de dulzura infinita, buscando sin descanso la oveja perdida, en íntima unión con su Padre celestial, haciendo de la voluntad divina su alimento y de cada acto de su vida una oblación?

¡Tantos libros, tantas doctrinas! Hubo filósofos escribe S. Agustín que discurrendo sobre las virtudes y vicios trataron muchas cuestiones sutiles, propusieron divisiones y definiciones, raciocinando llegaron a conclusiones agudísimas, llenaron libros enteros y con palabras sonoras y grandilocuentes pregonaron a los cuatro vientos su sabiduría (47).

Pero todo ese tesoro de ciencias humana, ¿qué es si no está iluminado, caldeado, por la luz de Jesucristo?

Pablo nos responde: "haec omnia arbitror ut stercora propter eminentem scientiam Jesuchristi" (48).

En realidad, Señor, quien te conoce encuentra un gran tesoro, un bien sobre todos los bienes y... es pobrísimo el que vive sin Jesús y riquísimo aquél que lo posee" (49).

Quam aridus et durus est sine Jesu ¡Quam insipiens et vanus, si cupis aliquid extra Jesum! (50).

Et quem misisti Jesum Christum... Yo debo, como sacerdote mostrarte al mundo. La vida eterna que es conocerte a Ti, debe ser administrada por mí. "Mihi omnium sanctorum minimo data esta gratia haec" (51). A pesar de mi miseria me ha sido dada esta gracia, "in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi" (52); mostrar al mundo por mi palabra y mi vida las infinitas riquezas del Corazón de Jesucristo "et illuminare omnes" (53), ser luz que guía a todos, ser luz en todos los momentos y situaciones de la vida "quae sit dispensatio sacramenti absconditi a saeculis in Deo" (54) para mostrar la realización del misterio escondido desde la eternidad en Dios, o sea la redención del mundo por Jesucristo, la gracia que El nos trajo, los tesoros que en El se encuentran, "ut innotescat principatibus et potestatibus in coelestibus" (55) para que su poder aparezca ante los prin-

(42) 2 P., 3, 18.

(43) Tr.: Sin fruto.

(44) Col., 2, 3; Tr: donde están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios.

(45) Tr: "A tientas con la mano.

(46) 2 P. 1, 9.

(47) Tract. 45 in Joan.

(48) Flp. 3, 8.

(49) Kempis. *De Imit. Xti.*

(50) Tr.: "¡Qué árido y duro es sin Jesús ¡qué insípido y vano si aspiras a algo que no sea Jesús!".

(51)-(52)-(53)-(54)-(55) Ef. 3, 8 sc. El texto es el siguiente: "A mí el más inferior de todos los santos (o fieles) se me dio esta gracia, de anunciar en las naciones las riquezas investigables de Cristo, y de ilustrar a todos descubriéndoles la dispensación del misterio que después de tantos siglos había estado en el secreto de Dios, Criador de todas las cosas, con el fin de que en la Iglesia se manifieste a los principados y potestades en los cielos a la sabiduría de Dios en los admirables y diferentes modos de su conducta".

cipados y potestades y así el mundo comprenda que "Jesucristo es la piedra angular de todo el edificio social. Cuando El falta, todo tiembla, se divide y perece" (56). *Petra autem erat Christus*.

...*Et quem misisti Jesum Christum*. El conocimiento de Jesús es la luz del sacerdote, cuando su resplandor se apaga las tinieblas del mundo nos envuelven, cuando se empaña y debilita erramos "girando a todo viento de doctrina", (57) cuando lanza con fuerza sus rayos, en su luz contemplamos la eterna luz de la verdad divina "in lumine tua videbimus lumen" (58).

El sacerdote cuya vida está iluminada por la luz de Cristo no necesita, como la celestial Jerusalén, el sol ni la luna de la prudencia humana para dirigirla "non eget sole neque luna ut luceat in ea, nam claritas Dei illuminavit eam" (59) porque la claridad de Dios, la caridad, síntesis del Evangelio, lo ilumina "et lucerna ejus est Agnus" (60).

Fuimos tinieblas antes de conocer a Jesucristo "eratis enim aliquando tenebrae" (61), pero desde el instante que el resplandor de su misericordia nos mostró por Cristo el camino "somos luz en el Señor" "nunc autem lux in Domino" (62).

Iluminados por Jesucristo caminemos en todo como verdaderos hijos de la luz, "ut filii lucis ambulate" (63). El sacerdote es luz.

VI.— *La Misión realizada*

V. 4. *Ego te clarificavi super terram opus consumavi, quod dedisti mihi ut faciam*.

"Yo te he glorificado en la tierra, he cumplido la obra que me diste para que hiciera".

1) *Exégesis*

"Jesús aduce un nuevo motivo para ser escuchado por su Padre. Durante mis días mortales yo te he glorificado con la santidad y humildad de la vida, con la predicación, con los milagros y con el someterme a la pasión y muerte por hacer tu voluntad. "He cumplido la obra que me encomendaste, o sea la redención de los hombres; he derramado mi sangre en satisfacción de sus pecados" (64).

2) *Elevación*

Ego te clarificavi super terram... para hacer más verdadera mi súplica, aunque sé que nada me niegas, invoco un título más; te he glorifi-

(56) Card. Pie. *Oeuvres Compl.* T. V, p. 333.

(57) *Ef.* 4, 14.

(58) *Tr.*: "En tu luz veremos la luz".

(59) *Tr.*: "No necesita de sol ni de luna que le de claridad, porque la ha aclarado la luz de Dios", *Ap.* 21, 23-24.

(60) *Tr.*: "Y su luz es el Cordero".

(61) *Tr.*: "En otro tiempo erais tinieblas": *Ef.* 5, 8.

(62) *Ef.* 5, 8.

(63) *Tr.*: "Caminad como hijos de la luz": *Ef.* 5, 8.

(64) *Jn.* 10, 17-18; 14, 31; *Mt.* 20, 28; *Mc.* 10, 45.

cado en la tierra. La obra de Jesucristo clamó "gloria a Dios en lo más alto de los cielos" (65), "no buscó su propia gloria" (66) sino únicamente la de su Padre celestial. —"Pater... sanctificetur nomen tuum"— que tu nombre sea ensalzado".

Continuador de Jesucristo, la obra esencial del sacerdote es glorificar a Dios. Es todo lo que el hombre puede darle. Cada día en el Santo Sacrificio entona el "Gloria in excelsis" (67) y los demás actos que en esa jornada ejecuta deben ser un eco del himno de la mañana, "te damos gracias por tu inmensa gloria" ¿cuál?:

El Padre glorificado por Jesucristo en la Encarnación, Redención y santificación de las creaturas. El Padre glorificado en el Sacerdocio eterno de su Hijo.

Iñigo de Loyola, capitán del gran Rey grabó sobre el escudo de su compañía el "ad maiorem Dei gloriam" (68). Benito de Nursia, el Padre de los monjes de Occidente, resume su regla en la frase de San Pedro: "para que en todo sea Dios glorificado"; la vida del sacerdote no puede tener otra divisa.

La Liturgia, alma del espíritu sacerdotal ¿qué otra cosa es sino una grandiosa doxología en honor de la Trinidad Santísima, el himno del cuerpo místico, que "in unione illius divinae intentionis" (69) prolonga a través de los siglos la plegaria de Cristo, la voz de la Esposa que canta la hermosura del Esposo?

"Ego te clarificavi super terram" podrá decir al Padre celestial el alma del sacerdote que en el momento del juicio, para implorar las misericordias divinas, en medio de muchas miserias, presenta el anhelo vivido de haber hecho de su exigencia una "jucunda decoraque laudatio" una hermosa y alegre alabanza (70).

...*Opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam* la obra de redimir al hombre, de reparar el crimen de la Humanidad pecadora, de darle la vida de la gracia. La misma obra que Dios nos ha dado para realizar. El Sacerdote redime "ego te absolvo" (71). El sacerdote repara. Con Cristo que se inmola en sus manos debe también inmolarsé "imitamini quod tractatis" (72) es la orden del Pontífice en el momento de la ordenación. La hostia que ofrece cada mañana le habla de la propia inmólación que cada día debe realizar, "hostia pro hostia" (73). Según San Agustín, la última perfección del sacerdocio de la ley de gracia consiste en unir al sacrificio del cuerpo de Cristo el sacrificio de sí mismo e inmolarsé a Dios al mismo tiempo que se le ofrece el divino Cordero inmólado por la salud del mundo. El sacerdote es en el altar el hombre del sacrificio a Jesucristo, pero dejando el altar no puede dejar de ser sacrificador "adimpleo in me quae desunt passionum Christi" (74). San Agustín dice que a ejemplo de Cristo es a la vez sacerdote y víctima porque si todos los días inmola a Dios en el altar.

(65) Lc. 2, 14.

(66) Jn. 8, 50.

(67) Tr.: "Gloria a Dios en las alturas".

(68) Tr.: "Para mayor gloria de Dios".

(69) Tr.: "En unión de aquella divina intención...", (frase extraída de la oración preparatoria del Oficio Divino).

(70) Sl. 146 p.

(71) Tr.: "Yo te absuelvo".

(72) Tr.: "Imitad lo que tratáis".

(73) Tr.: "Hostia por hostia" (es decir, una hostia en representación de otra).

(74) Tr.: "Cumpló en mí lo que falta a la pasión de Cristo". Col. 1, 24.

también se inmola todos los días a sí mismo en la Cruz del sacrificio "quotidie morior" (75), su espada de sacrificador tiene dos filos y después de haber derramado la sangre de Dios sabe volver contra sí la espada. El sacerdote debe ser el hombre del renunciamiento, del sacrificio, del dolor, por él se continúa el misterio de la Cruz.

El sufrimiento de un sacerdote como el de Jesucristo tiene una voz poderosa para clamar gloria a Dios en lo más alto de los cielos. El sacerdote que lleva vida dulce, fácil, libre de sufrimiento no es hombre de Dios. Cuando Dios quiere obrar grandes cosas por medio de un hombre ¡cómo hace pagar cara esa elección! Dios no se sirve nunca de un instrumento sin comenzar antes por romperlo. "Dominus voluit contere eum" (76). Si queréis ser buenos sacerdotes que den mucha gloria a Dios la tribulación os espera. La materia del sacrificio no falta, el demonio, el mundo, los hombres, nosotros mismos. Toda la gloria del sacerdote está en sufrir mucho. Ese sufrimiento es causa de su gloria "anima quae tristis est super magnitudine mali, et incedit curva et afficta, et oculi deficientes et anima esuriens dat tibi gloriam et iustitiam Dominus" (77).

El sacerdote da la vida de la gracia "Ego te baptizo" (78). "Ecce Agnus Dei" (79), el bautismo, la comunión. El sacramento que incorpora al cristiano a Jesucristo y el que lo alimenta con la carne purísima del Cordero. Las manos del sacerdote son canales por los cuales llega a las almas la gracia de Dios. El sacerdote debe ser como un cáliz que rebalsa de Jesucristo para saciar la inmensa sed de aguas vivas que atormenta a nuestro siglo. Sólo entonces, cuando haya redimido, reparado, vivificado, cuando el talento de su vocación haya dado sus frutos, podrá decir al terminar su mandato "*opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam*" (80) pues "he peleado el buen combate" y ahora quiero entrar "en el gozo de mi Señor".

VII.— *La recompensa Suprema*

V. 5. *Et nunc clarifica me tu, Pater, apud temetipsum, claritate quam habui priusquam mundus esset, apud te.*

"Y ahora, glorificame a mí, tú, Padre, junto a ti, con la gracia que tuve en ti, antes que el mundo fuese".

1) *Exégesis*

"Ahora que yo te he glorificado, oh Padre, dame el premio merecido y glorificame junto a ti, en el cielo. Yo he llenado plenamente mi misión, recompénsame. Dame la gloria que yo tenía en el Padre "in sinu Patris" (81), antes de la Creación del mundo. "Esta glorificación será la del Verbo Encarnado, en tanto que su humanidad será asociada a la gloria eterna de su

(75) Tr.: "Muero cada día".

(76) Tr.: "El Señor quiso quebrantarlo": *Is.* 53, 10.

(77) *Báruch.* II, 18. Ver. Card. Pie, *Pages choisies*, T. II.

(78) Tr.: "Yo te bautizo".

(79) Tr.: "He aquí el Cordero de Dios": *Jn.* 1, 29.

(80) Tr.: "He concluído la obra que me encomendaste": *Jn.* 17, 4.

(81) Tr.: "En el seno del Padre": *Jn.* 1, 18.

divinidad, en la unidad de una misma persona" (82). El conjunto de los comentadores ven en este versículo la afirmación de la gloria eterna del Verbo, llamado a resplandecer sobre su humanidad. "En ninguna parte Jesús ha dicho algo que pueda más claramente que ésto servir de base a la doctrina del Prólogo de San Juan (I, 1) y a la enseñanza de San Pablo (II Cor., VIII, 9; Philip., II, 5) (83).

2) Elevación

Y ahora que he llegado al término de mi misión redentora, que mi sacerdocio va a dar todo su fruto "que he consumado la obra que me encomendaste", glorifícame Tú, Padre eterno, en quien reside la plenitud de la gloria, no con el vano halago o el triunfo efímero que el mundo aprecia, sino "apud te metipsum" (84), con la que en Ti existe y de la cual yo participé por identidad de naturaleza, la que (85) poseo "prius quam mundum esset" de toda eternidad; "apud te", (86), en el seno del Padre "in sinu Patris" (87) donde fui engendrado en el día sin oriente y sin ocaso de la eternidad.

En los altísimos designios de la Trinidad inmutable, Yo, el Verbo fui escogido para ser el Pontífice Supremo, el Sacerdote eterno de la Ley Nueva, Yo me ofrecí para realizar esa unión de Dios con la humanidad pecadora y "entrando al mundo dije: no quisisteis hostias ni oblationes pero me has dado un cuerpo, los holocaustos por el pecado no te agradaron "He aquí que vengo oh Dios a cumplir tu voluntad". Y en esta voluntad fuimos santificados por la oblación del cuerpo de Cristo (88). Mi sacerdocio comenzó cuando voluntariamente asumí la naturaleza humana "ungiéndola con el óleo de la divinidad". Yo quiero ser glorificado en mi sacerdocio, por eso Padre, te pido "clarifica me tu, Pater, apud temetipsum" (89), haz que la gloria que como Verbo poseo eternamente en ti, resplandezca en mi sacerdocio que por cumplir tu voluntad he aceptado. Tú lo prometiste cuando ante la turba que me seguía después del ingreso triunfal en la ciudad santa "vino una voz del cielo, la tuya, que decía: "et clarificavi et iterum clarificabo" (90).

Quiero que mi sacerdocio sea glorificado en la persona de todos aquellos que, por la misericordia infinita de mi Corazón he hecho participantes de mis sublimes poderes. Quiero que sean imagen fiel, viva copia de mí que soy "origo et fons totius sacerdotii" (91), de quien fui escrito por el Apóstol que "talis decebat ut nobis esset Pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus et excelsior coelis factus" (92).

(82) Huby. *Le discours de Jsus, après la Cène* p. 131.

(83) Lagrange, *Saint Jean* p. 437 sq.

(84) Tr.: "Junto a tí mismo": *Jn.* 17, 5.

(85) *Jn.* 17,5.

(86) Tr.: "Junto a tí": *Jn.* 17, 5.

(87) Tr.: "En el seno del Padre": *Jn.* 1, 18.

(88) *Hbr.* 10.

(89) Tr.: "Glorifícame, Padre, junto a ti mismo": *Jn.* 17 5.

(90) Tr.: "Ya te he glorificado y de nuevo te glorificaré": *Jn.* 12, 28.

(91) Tr.: "Origen y fuente de todo sacerdocio".

(92) Hebr. VII, 26; Tr.: "Tal nos convenía que fuera, el Pontífice: santo, inocente, immaculado, segregado de los pecadores y hecho más alto que los cielos": *Hb.* 7, 26.

La gloria de los sacerdotes no estará en el triunfo, en el aplauso mundano, en la vana populachería, ni siquiera en el éxito en sus empresas. Su gloria estará solamente en la imitación perfecta del Eterno Sacerdote según el orden de Melquisedec, en ser como El, santo, inocente, puro, segregado de los pecadores y hecho "excelsior coelis" (93), más alto que los cielos, por la santidad de su vida y el espíritu sobrenatural de sus obras.

VIII.— *La enseñanza apostólica*

V. 6. *Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo; tui erant, et mihi eos dedisti, et sermonem tuum servaverunt*". He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo, eran tuyos y me los has dado a mí, y han observado tu palabra".

1) *Exégesis*

Antes de pasar a la oración por sus discípulos (94), Jesús expone, qué ha hecho por ellos para la gloria del Padre y qué cosa les ha comunicado (95). Son las razones por las cuales su oración merece ser oída. ¿Cuáles son éstas? 1ª) "Jesús les ha enseñado a sus apóstoles a conocer al Padre y por lo mismo a glorificarlo... *manifestavi*. 2ª) En cuanto pertenecientes a Dios y a Jesucristo los apóstoles tenían un doble derecho a las bendiciones y protección del Padre... *Tui erant, et mihi*. 3ª) La palabra de Dios no difiere aquí de la enseñanza de Jesús, y los apóstoles la cumplieron... "*sermonem... servaverunt*" (96). Los versículos siguientes serán el desarrollo de este tercer motivo.

He *manifestado*, o sea he hecho conocer a los hombres que me has dado o sea a tus apóstoles (sacerdotes), tu nombre, a saber, tu naturaleza y atributos y así les he enseñado a glorificarte (97).

2) *Elevación*

Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo. El Padre dio a Jesús sus apóstoles y a ellos les reveló Jesús las grandezas y perfecciones divinas. Dios sigue dando a Jesucristo en su místico cuerpo, la Iglesia, los apóstoles que en cada época de su existencia necesita, "quos dedisti mihi de mundo".

La vocación al sacerdocio es una gracia de Dios "gratis data" que El en su providencia otorga a quien quiere. En el alma el niño, del joven, del hombre que ha elegido deposita "el germen de la divina vocación" (Codex J. C. Can), que al ser oficialmente reconocido y ordenado por la jerarquía de su Iglesia, después de cuidadoso y esmerado cultivo, producirá el magnífico fruto del sacerdocio cristiano.

(93). Tr.: "Más elevado que los cielos".

(94) V. 9-19.

(95) V. 6-8.

(96) Cf. F. Fillion. *La Sainte Bible: loc. cit.*

(97) Cf. Grandmaison, *Jésus Christ* T. II, p. 603, nota 1.

“Dios es el dueño de la mies, a la que envía sus operarios” ¡Cuántos reciben el convite! pero como los invitados a las nupcias “permanecieron indolentes” y se fueron: “alius in villam suam” (98) a sus egoísmos “otros a sus ocupaciones y negocios” (99). “Es necesario por tanto, rogar al Señor de la mies envíe más operarios” porque los campos están ya maduros para la espiritual cosecha (100).

“Quos dedisti mihi de mundo”. A estos hombre entresacados del mundo. Cristo manifestó el nombre de Dios “manifestavi nomen tuum”.

La formación de los Doce fue la principal ocupación de Jesús sobre la tierra. Para ellos sus más piadosas enseñanzas, para ellos los ejemplos constantes de su existencia admirable, para ellos las efusiones de su corazón, su último discurso, para ellos sus poderes infinitos, para ellos en la persona de Juan su Madre bendita y la postrer mirada de sus ojos moribundos, para ellos la última bendición de sus manos gloriosas al descender a los cielos. “A vosotros os ha sido dado el conocer el misterio del Reino, a los otros solamente en parábolas” porque a vosotros lo que vi y oí en el seno del Padre os lo revelé.

La redención de Jesucristo es universal “pro omnibus mortuus est Christus” (101) a todos debe llegar su palabra, y sin embargo, de sus treinta y tres años de vida, solamente tres están dedicados al apostolado, y de esos tres la gran parte del tiempo consagrado a la formación de sus apóstoles, al íntimo trato con ellos, a las más puras efusiones de la amistad; “a vosotros os he llamado mis amigos” (102) palabra que San Juan Crisóstomo comenta diciendo “¡oh admirable Bondad! no somos dignos de ser sus siervos y en cambio somos llamados sus amigos”.

Manifestavi nomen tuum hominibus.

La conducta de Jesús recuerda al sacerdote la grandeza de su ministerio. Es por medio de sus apóstoles y de los sacerdotes sus sucesores, cómo el mundo debe ser evangelizado. Jesús habló solamente tres años y ante un reducido auditorio pero el eco de su palabra ha de resonar por medio de sus apóstoles.

A través de sus sacerdotes Jesús pasa bendiciendo, enseñando, santificando, renovando entre sus manos el misterio adorable de su muerte. “O quam magnum et honorabile est officium Sacerdotum (103) hay que exclamar con el piadoso autor de la Imitación”: ¡Oh cuán limpias deben ser aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán inmaculado el corazón del Sacerdote al cual tantas veces penetra el Autor de la misma pureza (104).

Eran tuyos, creados para tu gloria, y me los diste a mí para que yo me glorificara en ellos; y conservaron en su corazón tus enseñanzas.

Mihi eos dedisti. Me los diste a mí. El Padre ha puesto todas las cosas bajo el poder de Cristo “omnia constituisti sub pedibus ejus” (105).

(98) Tr.: “Otro a su ciudad”.

(99) Mt. 22, 5.

(100) Jn. 4, 35.

(101) Tr.: “Por todos ha muerto Cristo”.

(102) Jn., 5, 15.

(103) Tr.: “¡Oh qué grande y honorable es el oficio de los sacerdotes!”.

(104) Kempis.

(105) Tr.: “Todo lo estableciste bajo sus pies”: Hbr. 2, 6.

“Gracias a la Eucaristía el hombre todo entero está sometido a la vivificante influencia de Cristo-Jefe; su alma recibe la vida divina, su cuerpo santificado es hecho un auxiliar del bien, y un día a causa de su unión al Salvador resucitará y será transformado por la gloria” (106).

“Como representante jurídico de la humanidad, dice el Doctor angélico, Cristo es jefe no sólo de los fieles que en El creen sino de todos los hombres”. “El se hizo víctima propiciatoria por nuestros pecados, no sólo por los nuestros sino por los de todo el universo” (107).

Todos los hombres son de Cristo, somos su heredad, las ovejas de su rebaño, las piedras del místico edificio, pero de un modo especial es de Cristo el sacerdote. *¡Mihi eos dedisti!* ¡Estos, mis apóstoles, me los diste a mí para singular misión!

El Padre nos dio a Cristo, y El al recibirnos se nos dio tan íntegramente que quiso hacer de nosotros una prolongación de su persona “alter Christus” según la enérgica expresión de la tradición cristiana.

“Pedro bautiza, es Cristo quien bautiza, Pablo bautiza, Cristo bautiza, Judas bautiza, Cristo bautiza. Petrus baptizet, hic est qui baptizat. Paulus baptizat hic est qui baptizat, Judas baptizet, hic est qui baptizat” (108).

Jesús constituyó al sacerdote como su propio vicario, enseña el Concilio de Trento.

Hay manera de darse; el que ama se da al amado pero reservándose siempre algo de sí mismo. Jesús se da todo entero al sacerdote. Jesús se da para siempre “sacerdos in aeternum” (109). Jesús se da sin medida.

Mihi eos dedisti.

El amor infinito del Padre se nos da en Cristo “sic Deus dilexit” (110), el amor misericordioso de Cristo se nos da en el sacerdote. “Eran tuyos” como los demás hombres, “me los diste a mí”, los consagraste a mi especial servicio y “conservaron tu palabra”, la que decía que me oyeran a mí “Ipsum audite” (111).

¡El sacerdote que ha sido dado a Cristo y no es de Cristo!, ¡qué absurda contradicción!

¿Meditamos en la grandeza de nuestro ministerio que nos coloca, al decir de un escritor eclesiástico, “entre la naturaleza divina y la humana” (112).

San Gregorio Magno al hablar de este ministerio altísimo dice que “el gobierno de las almas” que se entrega al sacerdote “es el arte de las artes” y lo llama “culmen regiminis, sacrum officium” (113). El que se prepara a él añade el Santo (a fortiori el que lo posee).

(106) Angers, *Op. cit.*

(107) *I Jn.* 2, 2.

(108) Agustín *In Joan.*, VI, c. I, v. 7.

(109) Tr.: “Sacerdote por la eternidad”.

(110) Tr.: “Así amó Dios”: *Jn.* 3, 16.

(111) Tr.: “Oídlo a El”: *Lc.* 9, 35.

(112) S. Isid Pellusista.

(113) Tr.: “La cumbre de régimen, el sagrado oficio”.

“Debe estar muerto a todas las pasiones de la carne y vivir ya del espíritu, desdeñar la prosperidad de este mundo, no temer ninguna adversidad y no aspirar sino a los bienes interiores” (114).

El pensamiento de la grandeza del ministerio al cual se prepara es una de las ideas centrales de la formación sacerdotal. Quien se penetra íntimamente de ella realizará en su corazón esas ascensiones de que habla la Escritura. Quien no la ha comprendido será como el rústico ignorante que arroja a “los puercos la perla preciosa” (115) seducido por el falso brillo del oropel.

El amor santo del sacerdocio que Dios en su misericordia nos ha otorgado, el pensamiento que hemos sido dados a Cristo es el más poderoso acicate para empujarnos hacia la santidad. “Quantum quisque inter alios eminet gradu, tantum etiam emineat vita” (116) dice S. Gregorio Magno en su Epístola XLI y el mismo santo añade, que si presumimos ser más altos y no más santos no es premio sino precipicio.

Sacerdote ¿quiere que los fieles honren tu sacerdocio? Comienza tú por honrarlo. ¿Deseas que se recuerde que Dios te puso sobre los príncipes y reyes? No olvides que esto te exige una mayor santidad y pureza “sacerdotes mundiores esse debent ceteris quia actores Dei sunt” (117) dice San Ambrosio, y Santo Tomás agrega que “perfecti in virtutibus esse debent” (118), de otro modo “altiozem et non meliorem” (119) si recibimos el honor y no nos hacemos dignos “non premium” (120) no es gloria, “sed precipitium” (121) sino abismo adonde nuestra ceguera y orgullo nos precipitará indefectiblemente.

“Unde et memores”, teniendo por tanto presente la grandeza a la cual Dios nos ha llamado debemos en todo instante marchar en el espíritu de nuestra sublime vocación “ut ambuletis digne Deo per omnia placentes”, “gratias agentes Deo Patri” “qui dignos nos fecit in sortem sanctorum in lumine” (Id.) “qui eripuit nos de potestate tenebrarum” y nos hizo participantes del Sacerdocio de su Hijo muy amado “et transtulit in regnum Filii dilectionis suae” (122).

Como voz de aliento en el camino resuena la palabra de Pablo en nuestros espíritus. Considera el ministerio que recibiste en el Señor *para que lo cumplas*; (123).

Si hemos errado lejos del verdadero espíritu de nuestra vocación que la voz del mismo Apóstol llegue a nuestro oído y mostrándonos el altísimo don del Señor, nos diga como a Timoteo: por esta dignidad que Jesús te ha dado, te exhorto y recuerdo que resucites del polvo de tu vida ahogada por el mundo, la gracia de Dios, la de tu sacerdocio, que en ti permanece siempre pues eres sacerdote eternamente, y que te fue dada por la imposición de las manos del pontífice, maravilloso canal por donde el Espíritu

(114) Véase el hermosísimo libro de Mons. Hedley, obispo de Newport *Lex Levitanun*, o sea, la formación sacerdotal según S. Gregorio Magno. Coll. Pax, Desclé.

(115) *Mt.* 7, 6.

(116) Tr.: “Que cuanto más alguien se eleva por la dignidad, se eleve también por su vida”.

(117) Tr.: “Los sacerdotes deben ser más puros que los demás, porque son actores de Dios”.

(118) Tr.: “Deben ser perfectos en las virtudes”.

(119) Tr.: “Si más alto y no mejor”.

(120) Tr.: “No el premio”.

(121) Tr.: “Sino el precipicio”.

(122) Tr.: “Y lo trasladó al Reino de su querido Hijo”: *Col.* 1, 10.

(123) *Col.* 4, 17.

Santo se derramó en tu alma y te ungió con el óleo eterno del sacerdocio de Cristo (124).

Tui erant et mihi eos dedisti. Manifestar el nombre de Dios, a los hombres... guardar su enseñanza, es el ministerio sacerdotal. *Manifestavi nomen tuum hominibus* debe como Cristo decir el Sacerdote y estas palabras abren inmediatamente ante su espíritu el vasto campo de la predicación apostólica.

Manifestar su nombre...

"Id por el mundo... predicad" el apostolado es predicación, "la fe entra por el oído" (125), por eso está escrito "quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona" (126 ¡cuán santos los pies de los que predicán la paz y los bienes que existen en el Corazón de Cristo! La Iglesia nacía, mil preocupaciones asediaban el alma de los primeros apóstoles, pero "no es justo abandonar la palabra de Dios a la cual hemos sido consagrados para administrar los bienes, elegiremos siete varones llenos de fe y de Espíritu Snto, "nosotros en cambio permaneceremos sin tregua en la oración y en la administración de la palabra" (127). Para el apóstol ni oración sola sin predicación que sería egoísmo, ni predicación sin oración que sería naturalismo y temeridad "oratio et ministerium verbi" (128) juntos; el uno la fuente, el otro el canal.

"Y este anuncio le agradó a la muchedumbre" (129), que ayer como hoy quiere ante todo ver en el sacerdote "el ministro de Cristo y el dispensador de los misterios de Dios" (130).

Pablo el apóstol tipo ha sido *separado* del mundo, consagrado *para predicar el Evangelio*". Los judíos piden un signo, los griegos buscan la sabiduría, nosotros en cambio predicamos a Cristo crucificado que es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles" (131).

La palabra humana resuena en nuestros oídos de carne, tan sólo la palabra de Dios penetra al alma. El Evngelio no se ha predicado con altisonantes palabras o complicados pensamientos. "La buena nueva" debe ser un eco de la suave y simple voz de Jesucristo "dulce como el panal y la miel" (132), accesible a todas las inteligencias, llevando en cada una de sus sílabas "el espíritu y la vida", que contiene el germen de nuestra futura gloria, "semen est verbum Dei" (133).

Así llegaba Pablo a predicar el Evangelio "y yo al llegar hasta vosotros, hermanos, vine no con sermones sublimes o con sabidurías a anunciaros el testimonio de Cristo... y mi sermón y mis predicaciones no fueron con la persuasión de la humana sabiduría sino, con la exhibición del espíritu sobrenatural y la virtud, para que nuestra fe no repose en la sabiduría de los hombres sino en la virtud de Dios (134).

(124) Cfr. *I Tim.* 4, 14.

(125) *Rm.* 10, 17.

(126) *Rm.* 10, 15.

(127) *Hch.* 6, 2.

(128) Tr.: "La oración y el ministerio de la Palabra": *Hch.* 6, 4.

(129) *Hch.* 6, 2-11.

(130) *I Co.* 4, 1.

(131) *I Co.* 1, 22-23.

(132) *Sl.* 24, 27.

(133) *Lc.* 8, 11.

(134) *I Co.* 2, 4, 55

El apóstol no predica para buscar su gloria "non enim nosmetipsos predicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum" (135), pues ha recibido encargo del Maestro de predicar su nombre no con altas palabras "non in sapientia verbi, ut non exacuetur Crux Christi (136) y por eso no quiere tener otra ciencia sino la del divino Crucificado "non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum et hunc crucifixum (137). Los que buscan la gloria humana S. Pablo los llama "adulteradores de la palabra de Dios". "Non enim sumus sicut plurimi adulterantes verbum Dei" (138) sino que con sinceridad, como de Dios, delante de Dios en Cristo, así hablamos (139).

"Predicad *todo* el Evangelio y *sólo* el Evangelio" (140) dirá veinte siglos más tarde el supremo maestro de las almas como la confirmación más elocuente de que ésta es la genuina y tradicional predicación de la Iglesia de Jesucristo.

"Manifestavi nomen tuum hominibus quos dedisti mihi de mundo". Jesús manifestó el nombre de Dios a los discípulos que El le dio en el mundo. El sacerdote por medio de la predicación evangélica sigue realizando idéntica misión.

IX.— *Ahora han conocido...*

V. 7. *Nunc cognoverunt quia omnia quae dedisti mihi abs te sunt. Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti.*

1) *Exégesis*

"Los Apóstoles han progresado en la fe. Ahora retienen firmemente que *todo lo que me has dado a mí*, o sea, *mi doctrina, mis milagros, etc.* provienen de tu poder" (141).

2) *Elevación*

Ahora han conocido... Mi divinidad que muchas veces se ocultó a los ojos carnales de mis discípulos, ahora al contacto de la Eucaristía resplandeció radiante, "*nunc cognoverunt*", y el sacramento de vida que sus corazones recibieron, iluminó su mente para hacerles ver que yo soy el Unigénito del Padre "y que todo lo que me has dado viene de Ti", ¡oh Eterno Padre! pues "en el principio, de toda eternidad, existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios" (142). Yo les anuncié que "yo estoy en el

(135) Tr.: "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo Nuestro Señor".
I Co. 1, 23.

(136) Tr.: "No en sabiduría de palabra, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo".
I Co. 1, 17.

(137) "No he juzgado saber algo en medio de ustedes, sino a Jesucristo y a éste crucificado".
I Co. 2, 2.

(138) "No somos como muchos, adulteradores de la Palabra de Dios": *2 Co. 2, 17.*

(139) *Ibid.*

(140) S. S. Benedicto XV.

(141) Sales. *La Sacra Bibbia*, in loc. cit.

(142) *Jn. 1, 1.*

Padre y el Padre está en mí" (143), pero ellos no conocieron que era a Dios mismo a quien yo llamaba Padre (144). Yo les había enseñado que el "Padre ama al Hijo" que "a El le entregó todo gobierno para que todos honren al Hijo como honras al Padre, porque el que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió" y así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también le dio al Hijo tener la vida en sí mismo" (145).

Pero mis discípulos eran aún tardos de corazón y "después de tanto tiempo que estaba con ellos aún no me conocían". Ahora en cambio conocieron mi divina misión y por eso "mi Padre los ama por que amaron y creyeron que yo procedía de Dios" (146).

La Eucaristía ha realizado este milagro, ella es el sol de la vida sacerdotal, el libro magnífico en el cual el sacerdote estudia a Jesucristo, "el memorial de su amor hacia nosotros y el compendio de todos sus beneficios" (147) como lo llama el seráfico Doctor San Buenaventura.

El mundo no conoce a Jesucristo porque está lejos de la Eucaristía, lleno de espíritu eucarístico el sacerdote debe mostrar al rico y al pobre, al niño y al anciano "esta fuente de aguas vivas que salta hasta la vida eterna (148) este manjar precioso "omne delectamentum in se habentem" que en sí contiene todo agrado y sabor (149).

El poco conocimiento que tenemos de Jesús ¿no procederá de una gran frialdad eucarística? ¿es ella "mihi refectio, exultatio, sanitas et dulcedo cordis mei"? (150). Hermano, ¿cuántas visitas inútiles a casa de los hombres? ¿cuántas visitas olvidadas al tabernáculo de tu Dios! ¡Qué insano deseo de noticias mundanas, qué poco anhelo de conocer el "unum necessarium" (151), el Corazón de Jesús que late en la Eucaristía, ¡qué afán de bienes terrenos, qué indiferencia del gran tesoro que vive en el Sagrario, ¿por qué te lamentas de que los hombres no conozcan a su Dios, si eres tú quien debes enseñárselo "tu es magister in Israel et haec ignoras"? (152).

Sic sacrificium istud instituit, cujus officium committi voluit solis presbyteris quibus sic congruit ut sumant et dent ceteris (153).

"*Ut sumant*", no tan sólo comulgando sino haciéndole principio de su vida "in quo fixa, et firma et immobiliter semper sit radicata mens mea et cor meum" (154), como decía S. Buenaventura. "*Et dent ceteris*". Den Jesús al niño para que sus corazones conserven el candor de la inocencia y sus ojos puros contemplen a Dios, den Jesús al joven para que en El aprendan la pureza del amor, den Jesús al hombre, a la mujer y al anciano para que sus almas reciban en la Eucaristía la semilla de la futura inmortalidad y así también conozcan que todo lo que el sacerdote posee, todo lo que el

(143) *Jn.* 14, 11.

(144) *Jn.* 8, 27.

(145) *Cf. Jn.* 5, 20, 22, 26.

(146) *Jn.* 16, 27.

(147) S. Buenav, *De mist. novit.*, p. 1, cap. II.

(148) *Jn.* 4, 14.

(149) Parte de la oración que se dice después de dar la Sda. Comunión fuera de la Misa.

(150) *Gratiarum actio post Missam*: "Alimento para mí, alegría, salud y dulzura de mi corazón".

(151) Tr.: "Lo único necesario": *Lc.* 11, 42.

(152) Tr.: "Tú eres maestro en Israel, ¿e ignoras estas cosas?": *Jn.* 3, 10.

(153) Tr.: "Instituyó de tal manera el sacrificio, cuya celebración quizo encomendarla sólo a los presbíteros a los cuales le corresponde comunicarlo y darlo a los demás": Sto. Tomás, *Hymnus Sacris Solemnis*.

(154) Tr.: "En quien estén fijos y firmes e incommoviblemente enraizados mi mente y mi corazón".

sacerdote como tal da, viene de Cristo, de igual modo que todo en Cristo procedía del Padre "omnia quod dedisti mihi abs te sunt" (155).

X.— Fe en la Divina Misión

V. 8. *Quia verba quae dedisti mihi, dedi eis; et ipsi acceperunt et cognoverunt vere quia a te exivi, et crediderunt quia tu me misisti.*

Porque yo les di las palabras (o doctrina) que tú me diste y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderament que yo salí de ti, y han creído que tú eres el que me has enviado".

1) Exégesis

Los Apóstoles han progresado en la fe y la razón de ese progreso es porque Cristo ha enseñado la doctrina del Padre, y ellos le han prestado fácil acogida, y así han verdaderamente conocido que Cristo viene del Padre y han creído que El lo envió. Tal es el segundo motivo de su petición.

2) Elevación

Et cognoverunt vere... La razón por la cual los discípulos conocieron que todo lo que me has dado viene de Ti no es otra sino la de mi infinita caridad "porque las palabras que me diste se las comuniqué a ellos (156). Jesús es la revelación del Padre, la manifestación de Dios en medio de los hombres, la sabiduría encarnada, la misericordia humanada. Su misión era de caridad o sea de donación puesto que el don procede del amor. Dio sin tasa y medida, con largueza infinita dio su ciencia, la divina que posee. "En el seno del Padre que conoció en la eternidad de su esencia, El que es el Verbo substancial, la expresión del pensamiento eterno de Dios; dio la ciencia humana que en su naturaleza adquiría. "Jesús proficiebat" (157), las palabras que recibía del Padre, "verba quae dedisti mihi dedi eis" (158). Y en esto le conocieron sus discípulos. Era el *Maestro*, el que nada guarda de su ciencia sino que la derrama como el ánfora que rebalsa por sus bordes. Era la "luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (159). Era el amor que se daba "totus pro nobis expensus est Christus" 160), y la señal de Cristo es el amor "in hoc cognoscent omnes" (161).

"Verba quae dedisti mihi dedi eis" la misión del sacerdote continuador de la de Cristo es resumida en esta frase. Dar al mundo las palabras que Cristo le dio. No las que él con mil artificios fabrica, no las del humano criterio sino "verba quae dedisti mihi". Palabras de Cristo llenas de caridad divina que cayeron de sus labios como el frescor del rocío, palabras de

(155) Tr.: "Todas las cosas que me diste de tí vienen".

(156) v. 7.

(157) Tr.: "Crecía": *Lc.* 2, 52.

(158) Tr.: "Las palabras que me diste se las dí a ellos": *Jn.* 17, 8.

(159) *Jn.* 1, 9.

(160) San Agustín.

(161) Tr.: "En esto conocerán todos": *Jn.* 1, 5, 8.

Cristo impregnadas en misericordia que fueron como el aceite derramado sobre la llaga del samaritano del camino, palabras de Cristo que perdonaban al Buen Ladrón y a Magdalena, palabra que bendecían, palabras que llamaban, palabras que resonaban en la profundidad del corazón y en el silencio aterrador de las tumbas, palabras del Maestro que enseñaban, y hasta cuya menor sílaba eran espíritu y vida; palabras que resonando sobre las plácidas ondas del Tiberiades produjeron un eco cuyo sonido vibra en el mundo como eterna fecundidad porque "semen est verbum Dei" (162), porque la palabra de Dios es semilla de inmortalidad futura.

Tal es la palabra que Cristo dio al sacerdote, la única que él debe pronunciar, la sola que en sus labios tiene verdadera eficacia. Si no tiene el acento de Cristo será solamente el "aes sonans o el cymbalum tinniens" de que habla el Apóstol, la hueca campana que da sonidos de muerte (163).

Et ipsi acceperunt... Cristo dio a los Apóstoles su doctrina "y ellos la recibieron" como legado precioso del Maestro; predicarán a Cristo "omnia et in omnibus" y a Cristo Crucificado "et hunc Crucifixum" (164), la predicarán por doquiera "illi autem protecti praedicaverunt ubique" (165) como la única ciencia de salvación para los hombres "nec enim aliud nomen est sub coelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri" (166). Lo predicarán sin temor, con evangélica libertad "docens quae sunt de Domino Jesús Christo cum omni fiducia, sine prohibitione" (167) pues la palabra de Dios no ha sido encadenada (168).

Et ipsi acceperunt... A mí también sacerdote se me dio la Escritura Santa para que en ella aprendiera a conocer a Jesucristo. Su lectura debe ser alimento de mi espíritu; "su ignorancia es ignorancia de Cristo" (169). "Ella es el corazón, la boca, la lengua de Dios" (170). En cada una de sus páginas debemos encontrar a Cristo, pues como dice Fillion es necesario adorar a Jesucristo en la Biblia antes de comenzar la lectura o el estudio, acordándonos que si ella es un libro cerrado con siete sellos, es "el Cordero inmolado desde el comienzo" (171) el que nos lo abrirá y nos dará la interpretación.

Et cognoverunt vere quia a te exivi,... y al oír mis palabras y mi doctrina de caridad conocieron verdaderamente que yo procedía de ti que eres el Amor infinito "Deus Caritas est" (172). *Et crediderunt quia tu me misisti*" y creyeron en mi divina misión.

Jesucristo quería la fe en su persona, la pedía a sus discípulos "creed en mí" (173), la exigía para realizar sus milagros "¿crees esto?" todo es posible para el que cree (174). La fe es el principio de nuestra justificación,

(162) Tr.: "La semilla es la Palabra de Dios": *Lc. 8, 11.*

(163) Cfr. *1 Co. 13, 1.*

(164) *1 Co. 2, 2.*

(165) *Mc. 16, 20.*

(166) Tr.: "Ni ha sido dado otro nombre bajo el cielo a los hombres en el cual nos salvemos": *Hch. 4, 2.*

(167) Tr.: "Enseñando lo referente a Nuestro Señor Jesucristo con toda confianza, sin que nadie se lo prohibiera": *Hch. 28, 31.*

(168) *2 Tm. 2, 9.*

(169) Ver Carta de S. Jerónimo al Pbro. Nepotianum.

(170) S. Bonav., *In Hexam. 12.*

(171) *Ap. 13, 8.*

(172) *1 Jn. 4, 8.*

(173) *Jn. 14, 1.*

(174) *Mc. 9, 22.*

el fundamento de nuestra vida espiritual “no temas cree solamente” (175) todo el que vive y cree en mí no morirá eternamente (176).

Pero de un modo especial Jesús quería que sus sacerdotes fueran “llenos de fe y Espíritu Santo”, no tan sólo exigía en ellos la virtud infusa de la fe sino el espíritu de fe, aquél que hace ver a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios. “Justus autem meus ex fide vivit” (177). La fe informando nuestras relaciones con el cielo, haciéndonos ver allá arriba nuestra familia sobrenatural en la cual Dios es el Padre, Jesucristo nuestro hermano, la Virgen Santísima nuestra Madre. La fe dirigiendo nuestras relaciones con los hombres haciéndonos ver en cada uno de ellos el hermano redimido por la sangre de Jesucristo, hijo del mismo Padre, heredero de una idéntica gloria. La fe guiando nuestras relaciones con la Iglesia, mostrándonos en ella la prolongación de Jesucristo, su místico cuerpo, del cual todos somos miembros y recibimos una misma vida.

Espíritu de fe que actualiza en cada instante y circunstancia la virtud que se nos infundió en el Bautismo y nos hace proceder con el sobrenatural espíritu de los hijos de Dios.

El Sacerdote que por la oración y el trato íntimo con Jesús desarrolla su espíritu de fe tiene como recompensa, asegurada por la palabra infalible de Cristo, la fecundidad en su apostolado.

“Entonces se acercaron los discípulos a Jesús y en secreto le dijeron: ¿por qué no pudimos arrojarlo? (al demonio). Les dijo Jesús: Por vuestra incredulidad. En verdad os digo que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Cámbiate de aquí y se cambiaría y nada imposible habría para vosotros” (178).

“¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?” (179).

¡Oh Señor; “aumenta nuestra fe” en tu divina persona, cuando tus apóstoles confiaron en ti “y en tu nombre echaron la red” cogieron en abundancia numerosos peces, “cuando Pedro a nombre de todos ellos creyó en tu divinidad tú lo premiaste haciéndole piedra fundamental de tu Iglesia, cuando su fe se debilitó se hundió al caminar sobre las aguas del lago, cuando Tomás incrédulo dudó de tu resurrección con amoroso reproche le dijiste “porque has visto Tomás creíste, bienaventurados los que no vieron y creyeron” (180).

Espíritu de fe para recordar en cada instante mi sacerdocio, para obrar siempre conforme a él, para acordarme que soy sacerdote no sólo en el altar, no solamente en el confesonario, o en el púlpito, sino siempre y a todas horas.

“Jesús rey de los sacerdotes, os pido una gracia: haced que evite ese peligro del alma sacerdotal, la rutina y que jamás me acostumbre a ser sacerdote.

¡Qué yo bendiga siempre como la primera vez! ¡Qué de toda absolución como la primera absolución! ¡Qué celebre todas las Misas como la primera Misa! ¡Qué conserve mi alma nueva, la flor neosacerdotal! ¡Qué sea yo toda mi vida lo que fue el día de mi ordenación!.

(175) *Mc.* 5, 36.

(176) *Jn.* 11, 26.

(177) Tr.: “Mi justo vive de la fe”: *Rm.* 1, 17.

(178) *Mt.* 17, 19 y 55.

(179) *Jn.* 11, 40.

(180) *Jn.* 20, 29.

Es cosa tan deliciosa la frescura y el gozo que reservaréis, Señor, a vuestros sacerdotes, que cada uno exclama por la mañana: "Me acercaré al altar de Dios, al Dios que llena de alegría mi juventud" (181).

Permanezcamos como dice S. Pablo "fundados en la fe" (182), fundados sobre Cristo y firmes en nuestra fe en El: Sicut ergo accepistis Jesum Christum Dominum, in ipso ambulate, radicati et superaedificati in ipso et confirmati fide sicut et didicistis (183). Permanezcamos firmes, pues esta fe será probada por este siglo de incredulidad, de blasfemia, de escepticismo, de materialismo, de respeto humano que nos rodea con su malsano ambiente. Si permanecemos firmes en esta fe ella será, dice San Pedro, el príncipe de los Apóstoles (sobre el cual Jesús ha fundado su Iglesia cuando Pedro proclamó que Cristo era el Hijo de Dios) un título de alabanza, de honor y de gloria cuando aparecerá ese Jesús que vosotros amáis, aún cuando no lo hayáis jamás visto; en quien vosotros creéis aún cuando vuestros ojos no lo puedan percibir, pero en quien vosotros no podéis creer sin que al mismo tiempo se abra en vuestros corazones la fuente inextinguible de una inefable alegría; pues, añadía, el fin y el salario asegurado a esta fe es la salvación y por consiguiente la santidad de nuestras almas:

"Ut probatio vestrae fidei multo pretiosior auro quod per ignem probatur inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem in revelatione Jesu Christi: quem cum non videritis diligitis; in quem nunc quoque non videntes creditis; credentes autem exsultabitis laetitia inenarrabili, et glorificata; reportantes finem fidei vestrae, salutem animarum" (184).

XI.— "La Oración de Cristo por sus discípulos (Sacerdotes)".

Después de haber orado por sí mismo (185) mostrando al Padre cómo ha cumplido la obra encomendada (186) y exponiendo en qué forma la ha llevado a cabo (187) Cristo ora por sus sacerdotes (174). Tres gracias pide para ellos al Padre: que los guarde en la unidad, que los libre del mal y los santifique en la verdad.

Nunca como en esta ocasión aparece más claramente Cristo como Pontífice supremo, orando por aquéllos que han de continuar en el tiempo su sacerdocio.

"Intercede, dice San Cirilo, como hombre, reconciliador y mediador de Dios y de los hombres, verdadero, grande y santísimo Pontífice nuestro que ofreciéndose por nosotros aplaca con sus súplicas al Padre; El es hostia y sacerdote. El es mediador, El es inmaculado sacrificio, verdadero cordero que carga y borra los pecados del mundo" (188).

(181) Hoornaert. *A propósito del Evangelio*.

(182) *Col.* 1, 2.

(183) *Col.* 2, 87., Tr.: "Ya que recibisteis a Jesucristo el Señor, caminad en El, enraizados y sobredificados en El y confirmados en la fe, tal como aprendisteis": *Col.* 2, 87.

(184) *I P.* 1, 17.

Ver *Cristo, vida del alma*, preciosa obra que expone, en sencillas líneas la espiritualidad de S. Pablo (Nota de Mons. Larraín).

(185) *V.* 1-9.

(186) *V.* 1-5.

(187) *V.* 1-8.

(188) *V.* 9-19.

XII.— *Por éstos que me has dado...*

V. 9. *Ego pro eis rogo. Non pro mundo rogo, sed pro his quos dedisti mihi, quia tui sunt.*

Por ellos ruego yo ahora. No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son.

1) *Exégesis*

Por ello, o sea, por los Apóstoles, yo ruego. *No por el mundo*. Jesús ora por todos, sin excluir a sus verdugos (189) y ha muerto por los pecados de todo el mundo (190).

El mundo no está pues, excluído de la oración de Jesús en general, sino de esa sola oración especial que El hace en este momento por sus Apóstoles. *Sino por estos que me has dado llamándolos con tu gracia a ser mis apóstoles. Porque son tuyos habiéndolos tú escogido y llamado*" (191).

Ego pro eis rogo. Ego o sea, el Hijo que te ha glorificado, que ha cumplido la obra que le encomendaste. Yo a quien siempre Tú oyes (192) pido ahora por mis sacerdotes.

2) *Elevación*

Ego pro eis rogo. Non pro mundo rogo, sed pro his quos dedisti mihi, quia tui sunt. V. 9.

Ego pro eis rogo. Jesús ha orado por la humanidad entera, su oración inmensa como su corazón abarcaba el mundo, venía a traer a los hombres la buena nueva y por eso enviaba a sus Apóstoles a predicar el Evangelio "omni creaturae" (193).

Cuando en las noches tibias de Galilea sus discípulos cansados se entregaban al sueño, El, de rodillas en la cumbre de un monte, bajo la plenitud de las estrellas de oriente, oraba "erat pernoctans in oratione Dei" (194) y su plegaria tenía amplitudes infinitas como su amor misericordioso.

Pero en estos instantes la oración de Jesús se condensa en ese grupo que tanto ha amado, "pro eis rogo"; son sus apóstoles, es decir, enviados. "Como el Padre le envió, así El los envía". Ellos a través de los siglos representarán a Jesucristo "qui vos audit me audit" (195), por su boca Dios exhortará a la humanidad a reconciliarse con El "tanquam Deo exhortante per nos... obsecramus... reconciliamini Deo" (196).

(189) *Lc.* 23, 34.

(190) *1 Jn.* 2, 2.

(191) *Jn.* 17, 9.

(192) *Jn.* 10, 42.

(193) *Mc.* 16, 15.

(194) *Lc.* 6, 12

(195) *Jn.* 20, 21.

(196) "El que os escucha a mí me escucha": *Lc.* 10, 16

Serán los dispensadores de los misterios de Dios (197) sus colaboradores y auxiliares. "Dei sumus adjutores" (198) y por eso la oración de Jesús a su Padre en esa hora, solemne cual ninguna, se hace más apremiante, "por ellos", "por éstos que me diste", por los que separé del mundo y a quienes quise llamar mis amigos "vos autem dixi amicos" (199).

Non pro mundo rogo... o sea por ese espíritu totalmente diverso al de Jesús. No es que Jesús excluya a nadie de su oración, es el espíritu mundano al que condena y lo hace a raíz de rogar por sus apóstoles, como para indicar que el espíritu que para ellos ha pedido es justamente el opuesto al mundano que acaba de proscribir.

San Juan nos enseña en qué consiste ese espíritu mundano en su Epístola I, Cap. II "no améis el espíritu mundano" ni los que según él viven; porque si alguno ama ese espíritu, "no posee el amor del Padre celestial" (200). Y la razón nos la da en el versículo siguiente: "porque todo lo que en el mundo existe está marcado con estos tres caracteres": concupiscentia carnis est" (satisfacción de los sentidos, placer inmoderado, bestial lujuria); "concupiscentia oculorum", (codicio de los bienes, sed insaciable de riquezas); 'et superbia vitae" (el orgullo insensato de la vida), que no viene del Padre de quien desciende todo don perfecto, sino del mundo, ciudad que se levanta contra el reino de Dios. Pero el mundo pasa con sus goces "que mienten, matan y mueren", pero el que cumple la voluntad de Dios vive eternamente (201). Este amor del mundo que el Apóstol Santiago llama "una enemistad contra Dios" es al que Jesús opone el espíritu del Evangelio que ha rogado luzca en sus sacerdotes en toda su fuerza y hermosura. Nada hay que se oponga tanto al espíritu sacerdotal como el mundano. Nada hay más triste que el espíritu mundano bajo una veste sacerdotal.

El peor castigo que la Iglesia puede recibir es el aseglaramiento de su clero. Los mayores males que sobre ella han venido has brotado de este ponzoñoso manantial.

Si la sal de la tierra se disipa ¿quién la preservará de la corrupción?

¡Señor! líbrame de la peligrosa ilusión de transigir con los preceptos del mundo por querer atraerme la simpatía de los hombres, recuérdame la palabra de tu apóstol que "si hominibus placerem servus Christi non essem" (202) porque ninguno que se consagra a Dios debe mezclarse en las cosas del siglo "nemo militans Deo implicat se negotiis secularibus" (203).

XIII.— *Glorifico en ellos*

V. 10. *Et mea tua sunt, et tua mea sunt; et clarificatus sum eis.*

Y todas mis cosas son tuyas, como la tuyas son mías; y en ellos he sido glorificado.

(197) 2 Co. 5, 20.

(198) "Somos colaboradores de Dios". 1 Co. 3, 19.

(199) Jn. 15, 15.

(200) 1 Jn. 2, 16.

(201) 1 Jn. 2, 17.

(202) Ga., I, 10. Tr.: "Si agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo".

(203) II Tm., II, 4.

1) Exégesis

A fin de obtener de su Padre especial protección para sus apóstoles, Jesús hace valer tres motivos: (204). Los discípulos pertenecen al Padre y perteneciendo al Padre igualmente a El. "Pro his quos dedisti mihi" (205); Jesús ha sido glorificado en ellos (206) y ellos van a quedar solos en el mundo (207).

El versículo 10 es un desarrollo de la última parte del anterior "pro his quos dedisti mihi quia tua sunt". Todo es común entre el Padre y el Hijo; los Apóstoles de Jesús, sus sacerdotes, son propiedad de Dios.

"Los discípulos que pertenecen al Padre, pertenecen también al Hijo; el Padre los ha dado, el Hijo los ha recibido. Existe entre el Padre y el Hijo comunidad perfecta de derechos, prerrogativas e intereses porque hay entre ellos unidad de naturaleza: todo lo que es mío es tuyo, y todo lo que es tuyo es mío. El don que el Padre ha hecho a Cristo de sus discípulos no ha sido ineficaz; Jesús ha sido glorificado en sus discípulos, porque ellos han creído en El y lo han fielmente seguido, mientras otros defeccionaban (208).

2) Elevación

Et mea tua sunt, et tua mea sunt; et clarificatus sum in eis.

Te pido por estos que me diste porque son tuyos (209). Y todas mis cosas son tuyas, así como todas las tuyas son mías.

Et mea omnia tua sunt... todo lo que pertenece a Cristo pertenece al Padre. Cristo nos hizo suyos, nos incorporó a su místico cuerpo, nos dio su vida y de este modo nos unió a su Padre celestial "nemo venit ad Patrem nisi per me" (210).

El modo más perfecto como se efectúa esta unión al Padre por Jesús, es el Santo Sacrificio de la Misa, realización completa y vivida del ideal cristiano.

"Por el Sacrificio de la Misa, sacerdotes con Jesucristo no haciendo con El sino una sola cosa, en la unidad del Cuerpo místico, nos consagramos, nos entregamos con sinceridad y sin reserva al culto y al servicio de Dios y nuestra vida al salir del sacrificio no debe ser sino la realización de esta total Consagración" (211).

Morir a nosotros mismos para que creciendo Cristo en nuestros corazones hagamos con El una sola cosa "omnia mea tua sunt" y así unidos nos ofrezcamos "per Ipsum et cum Ipso et in Ipso" (212) al Padre Omnipotente en la unidad de Espíritu Santo.

(204) Vid. Huby.—Op. cit. p. 134.

(205) Tr.: "Por aquellos que me diste": v. 9.

(206) V. 10.

(207) V. 11-13.

(208) Jn. 6, 69.

(209) Jn. 17, 9.

(210) Tr.: "Nadie viene al Padre sino por mí", Jn. 14, 6.

(211) S. Aug. *Epist.* 149. Cap. I. Ver Angers. *Op. cit.* 292.

(212) Tr.: "Por el, con El y en El". (Alusión al Canon de la Misa).



El Presidente de la República de la época, don Eduardo Frei presenta condolencias al Cardenal Raúl Silva Henríquez.



Murió en la ruta. . . Lugar exacto del accidente, cerca de Rosario (camino de Santiago a Talca).

Por una eternidad sin fin. Tal es la consumación perfecta del sacerdocio cristiano, el cumplimiento total de su misión, su más excelsa y acabada gloria.

Et tua mea sunt... la ciencia, la santidad, las perfecciones todas del Padre, son de Jesús. ¿Quién podrá vislumbrar siquiera las inefables comunicaciones del Padre con su Hijo Unigénito, con su Enviado, su Mesías, su Ungido, el Cristo? El Padre comunica al Verbo todas sus perfecciones "et tua mea sunt" y el Verbo Encarnado se ofrece al Padre con los miembros de su Cuerpo místico y de un modo especial con los que más se identifican con su estado de víctima; los sacerdotes "et mea omnia tua sunt".

Et clarificatus sum in eis... me glorifico en ellos... ¡Oh cómo debiera el sacerdote repetir esta frase en su vida!... Cristo se glorifica en nosotros... Tareas oscuras, humildes y escondidas del ministerio sacerdotal, ocultas humillaciones, penosas obediencias, ¡cómo se iluminan con la palabra de Cristo "et clarificatus sum in eis"! (213) me glorifico en ellos. Horas de vacilación y de angustia, cuando el "pondus diei et aestus" (214), abrumba nuestros débiles hombros, mientras el mundo al mismo tiempo ofrece sus halagos ¡cómo se aligeran al eco de esa voz: *et clarificatus sum in eis!* me glorifico en ellos, en sus dolores que son participación de los míos en sus tedios que son una prolongación de mis angustias del Huerto, en sus fatigas que yo, la fuerza de Dios, "virtus Dei" también experimenté por ellos cuando a la hora sexta, "fatigatus et itinere" (215) me senté junto al brocal del pozo de Jacob.

Et clarificatus sum in eis... Cristo se glorifica en nosotros... responsabilidad inmensa para el sacerdote tibio que desvirtúa el plan de Dios sobre él... luz que no alumbraba, sal que no preserva, fuego que se extingue... su nombre se borra del libro de los verdaderos soldados de Cristo "et sunt quorum non est memoria: perierunt quasi qui non fuerint": (216), como la sal desvanecida son arrojados al polvo de todos los caminos "ut calcetur ab hominibus" (217) para ser pisoteados por los hombres; han traicionado su divina vocación y como la higuera estéril tan sólo ostentan el follaje de sus cualidades naturales o de su vanidad.

XVI.— *Consérvalos en la Unidad*

V. 11. *Et jam non sum in mundo, et hi in mundo sunt, et ego ad te venio. Pater sancte serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi ut sint unum sicut et nos.*

Yo ya no estoy en el mundo, pero estos quedan en el mundo; yo estoy de partida para ti. ¡Oh Padre Santo! guarda en tu nombre a estos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa (por la caridad), así como nosotros lo somos (por naturaleza).

(213) Tr.: "Y he sido glorificado en ellos".

(214) Mt. 20, 12. Tr.: "El peso del día y el calor".

(215) Tr.: "Cansado por el camino".

(216) Tr.: "Son de aquellos de los que no hay recuerdo: perecieron como si no hubieran existido": *Sí. 44, 8.*

(217) Tr.: "Para ser pisado por los hombres", *Mt. 5, 13.*

1) Exégesis

Los Apóstoles han de permanecer en medio de los peligros y tempestades del mundo, mientras Cristo vuelve al Padre. Necesitan de una especial protección, por esto Jesús pide a su Padre los custodie.

“Mientras Jesús vivió con ellos en la tierra, los protegía de los peligros del mundo y era para ellos centro de unidad. Al invocar directamente a su Padre, fuente de toda santidad, le pide el continuar su obra, santificar a los suyos. El gran peligro para los discípulos será el espíritu de discordia, el egoísmo que separa, en vez de la caridad que une. Contra este peligro, Jesús pide que sus discípulos no sean sino unos y de una unidad tan perfecta que tenga por ideal y por modelo la unidad misma de la vida divina” (218).

2) Elevación

Jesús podía ya decir que no era de este mundo pues su misión en pocas horas más iba a terminar; pronto volvería al Padre que lo había enviado para reinar eternamente con El, pero dejaba en el mundo a sus sacerdotes “et hi in mundo sunt” y tal era la causa de su ardiente oración al Padre celestial.

Et ego ad te te venio... no soy ya del mundo porque voy hacia ti. La vida es una peregrinación hacia Dios “Dum sumus in corpore peregrinamur a Domino” (219), no tenemos aquí abajo patria permanente “non habemus hic manentem civitatem” (220) sino que caminamos en busca de la futura e inmortal “sed futuram inquirimus” (221). El lema de nuestra vida debe, por tanto, ser la palabra de Jesús a su Padre “*ego ad te venio*” voy hacia ti. La vida es movimiento sin interrupción “ego posui vos ut eatis” (222) os puse en el mundo para que caminéis, pero no en cualquier sentido, sino hacia arriba “*duc in altum*” (223) en marcha progresiva, de modo que cada acción que se ejecute sea un paso que nos acerque más a Dios “*ego ad te venio*”. ¡Qué fuente de profundas alegrías es para el sacerdote el pensamiento que cada acción que en cada ministerio realiza sirve para cumplir en él y en otros la palabra de Cristo “*ego ad te venio yo voy hacia ti*”. Como el salmista ante la promesa de la Jerusalén celeste que se acerca, siente dilatarse su corazón de dicha pues sabe que su ministerio fielmente cumplido es camino recto que lo conduce a Dios.

“*¡Ego ad te venio!*” Señor, voy hacia ti es el suspiro que se exhala de su alma pues sabe que cada renunciamiento hace desaparecer más al hombre viejo para que Cristo crezca en su corazón “Amen, veni Domine Jesu! (224).

Y ahora Padre “que ya no soy del mundo pues voy hacia ti, “te pido como postrar gracia, ya que siempre me oyes” (225) cuida en tu nombre a estos que me has dado. Como la última palabra de la madre es para reco-

(218) Huby.—*Op. cit.*

(219) Tr.: “Mientras estamos en cuerpo peregrinamos hacia El Señor”: *Hbr.* 13, 14.

(220) *Hb.* 7, 14.

(221) Tr.: “Sino buscamos la futra”.

(222) *Jn.* 15, 16.

(223) Tr.: “Conduce hacia arriba”.

(224) Tr.: “Amén; Ven Señor Jesús”: *Ap.* 22, 20.

(225) *Jn.* 11, 42.

mendar al hijo amado, así la de Jesús para sus sacerdotes. Y ¿qué cosa pide para ellos? la gracia que reúne todo "*ut sint unum*" que sean uno. ¿Y que clase de unión? imitación de la más perfecta "*sicut et nos*" como la que existe entre el Eterno Padre y su Hijo Unigénito.

Pide Jesús que los preserve del espíritu mundano, que conserve en ellos el perfume del óleo santo que ungió sus manos, que sean lo que su corazón deseaba de ellos y para esto ruega como "*conditio sine qua non*" que sean unos "*ut sint unum*", que la unión de sus sacerdotes sea argumento eficaz que convenza al mundo, reflejo de aquella perfectísima que funde la Trinidad en la unidad de la esencia, y aumente de fuerza para realizar el bien "*frater qui adjuvatur a fratre tamquam civitas fortis*" (226).

En el maravilloso edificio de la Iglesia los sacerdotes son las piedras básicas sobre las cuales ésta reposa; cuando la caridad no los une, cuando la envidia y las pasiones humanas toman el puesto a la fraternidad sacerdotal, el edificio se agrieta y a través de sus hendiduras penetran el cisma, los errores y las mismas deletéreas de la corrupción. Estúdiense la historia de la Iglesia y se verá que a cada una de sus crisis corresponde disminución en la unión sacerdotal. Cuando la antorcha se apaga ¿quién mostrará el camino?

Ut sint unum... los sacerdotes son los ministros de la Eucaristía, el sacramento de la unidad.

Por la Eucaristía somos incorporados a Cristo, no hacemos con El sino una sola cosa y la consecuencia natural de esta unión vital con Jesucristo es la unión de sus miembros, su concorporación.

San Pablo lo enseña expresamente: "*quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omne qui de uno pane participamus*" (227) lo que Santo Tomás comenta así: "San Pablo muestra que todos no somos sino uno en el Cuerpo Místico de Cristo. El pone primeramente el hecho de la unidad y da en seguida la razón: "La Eucaristía que nos une al Cristo nos une igualmente entre nosotros y nos hace "concorporales"..."

"La Eucaristía es llamada Comunión y lo es en efecto, pues por ella nos comunicamos con Cristo, participamos de su carne y de su divinidad; por ella también nos comunicamos los unos a los otros y somos fundidos en un solo cuerpo" (228).

Y repetamos la insistente invitación de San Agustín: "Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh lazo de caridad" (229).

El sacerdote cuya razón de ser es justamente la Eucaristía y no realiza en su vida lo que este signo de unidad representa ¿puede llamarse fiel al voto supremo de Cristo que para él encierra un sagrado mandato "*ut sint unum*" que sean una sola cosa (v. 11) por la caridad que los estrecha?

¡Señor, haz que comprenda y viva la ley de la unidad! Tú nos ofreciste como modelo de unidad, la más perfecta, la existente entre tu Padre y Tú. Unidad de naturaleza, de inteligencia y voluntad. Y a semejanza de ella quieres que sea la que reine entre tus sacerdotes; concordia de pensamientos

(226) Tr.: "El hermano que es ayudado por el hermano, es como una ciudad fuerte": *Pr.* 18, 19.

(227) "Porque todos los que participamos del mismo pan, bien que muchos, venimos a ser un solo pan; un solo cuerpo": *1 Co.* 10, 17.

(228) 4 lib. *De Fide Ortod.* Cap. 14.

(229) *In Jn.*— *Tract.* 26, v. 13.

tos, afectos y sentimientos, el "cor unum et anima una" (230) que proclamaron tus primeros discípulos cuando bajo la acción del Espíritu comenzaron a realizar el programa de caridad que Tú nos habías trazado.

El Jueves Santo, el día sacerdotal por excelencia, mientras el lavado de los pies recuerda en nuestras Catedrales e Iglesias el "mandatum" supremo del Señor, canta la liturgia el canto sublime de la caridad fraterna. Sea él, código de unión sacerdotal y recuerdo perenne de la súplica de Cristo por nosotros; "sint unum".

Ubi charitas et amor, Deus ibi est.
Congregavit nos in unum Christi amor.
Exultemus et in Ipso jucundemur.
Timeamus, et amemus Deum vivum.
Et corde diligamus nos sincero.
Ubi charitas et amor, Deus ibi est.
Simul ergo cum in unum congregamur.
Ne nos mente dividamur, caveamus.
Cessent jurgia maligna, cesent lites.
Et in medio nostri sit Christus Deus.
Ubi charitas et amor, Deus ibi est (231).

XV.— *El hijo de perdición*

V. 12. *Cum essem, cum eis, ego servabam eos in nomine tuo. Quos dedisti mihi custodiri et nemo ex eis periit, nisi filius perditionis, ut Scriptura impleatur.*

Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre.

Guardado he los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de perdición (Judas) cumpliéndose así la Escritura (232).

1) *Exégesis*

El texto griego dice "en vez de" "quos dedisti", "quod dedisti" lo que haría así su traducción: "los he guardado en tu nombre que tú me has dado" (233). Autores probados como Knabenbauer siguen esta interpretación.

Jesús ha cuidado a sus Apóstoles. Ninguno ha perecido por su culpa.

"Guardar los Apóstoles en el nombre que el Padre ha dado a Cristo, es guardarlos en este conocimiento de Dios como Padre, que Jesús tenía misión de revelar a los hombres y que él ha especialmente comunicado a los discípulos. Por esta adhesión a la revelación del amor del Padre, manifestándose en su Hijo Jesucristo, los discípulos estarán unidos entre ellos y a Cristo, como Cristo mismo es uno con su Padre (234).

(230) *Hch.* 4, 32.

(231) Ahí donde están la caridad y el amor, también Dios está ahí. Nos congregó en uno el amor de Cristo. Alegrémosnos y tomemos en El nuestras delicias. Temamos y amemos al Dios vivo. Y amémosnos con un corazón sincero. Ahí donde están la caridad y el amor, también Dios está ahí. Reunidos en una sola asamblea. Guardémosnos de lo que podría dividir nuestras mentes. Lejos de nosotros las riñas y disensiones. Que Cristo nuestro Dios esté en medio de nosotros. Donde está la caridad y el amor también está Dios.

(232) Ver Nestle.

(233) Escriturista alemán contemporáneo.

(234) Huby, *Op. cit.*

Hijo de perdición es un hebraísmo que significa: aquél que se ha perdido, alusión al traidor Judas.

Dios respetuoso de la libertad humana, no impidió que uno de ellos se perdiera.

2) Elevación

“Mientras estaba en medio de ellos los guardaba en tu nombre y a todos los que me diste, cuidé”.

Jesús deja entrever las ternuras que su corazón guarda para sus sacerdotes; los custodia “ut pupillam oculi sui” (235) como el buen pastor que defiende del lobo sus ovejas queridas —servabam eos— los pone al abrigo de los peligros del mundo en el refugio santísimo de su Corazón. El Corazón de Jesús es el arca santa donde el alma aprende la ciencia infinita de la caridad de Cristo. Si los sacerdotes comprendiésemos el tesoro que tenemos a nuestro alcance, si nos acercásemos más a esa fuente de vida, para beber con alegrías las gracias que brotan del costado del Salvador “haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris” (236) ¿cómo el amor infinito de Cristo que hace a sus ministros “ignem urentem” (237) fuego que abrasa, inflamaria por medio de ellos el mundo en el fuego de su ardiente caridad “ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (238).

En las horas de peligros y de angustias no olvidemos que el Corazón de Jesús es el refugio del sacerdote, donde El nos guarda y protege como lo hacía con sus apóstoles cuando estaba en medio de ellos “cum essem cum eis, ego servabam eos in nomine tuo. Quos dedisti mihi custodivi... et nemo ex eis periit... y ninguno pereció (v. 12).

Tan sólo el hijo de perdición para que se cumpliera la Escritura “nisi filius perditionis ut Scriptura impleatur” (v. 12). Jesús quiso hasta el final tocar el corazón de Judas, lavó sus pies que habían corrido los caminos del mal para vender al Maestro, estrechó sus manos manchadas con los treinta siclos de la traición, lo llamó su amigo, recibió su beso de perfidia, dióle en alimento su cuerpo sacratísimo, le confió el sacerdocio... pero el “hijo de perdición” permaneció sordo al misericordioso llamado del Redentor, la traición fue consumada, la Escritura tuvo su cumplimiento. “Tu vero homo unanimes, dux meus et notus meus, qui simul mecum dulces capiebas cibos” (239).

“Porque no es un enemigo el que me ultraja; yo lo soportaría; no es un adversario el que se eleva contra mí; yo me escondería ante él. Pero, tú, tú eras un otro yo mismo, mi confidente y mi amigo. Vivíamos juntos en una dulce intimidad, íbamos con la muchedumbre a la casa de Dios” (240).

¡Señor haz que medite también en la conducta de tu primer sacerdote apóstata y aprenda a conocer en ella los caminos que me alejan de ti!

(235) Dt. 32, 10.

(236) Is. 12, 3.

(237) Tr.: “Fuego ardiente”.

(238) Lc. 12, 49.

(239) Tr.: “Pero fuiste tú, mi compañero, mi familiar y mi amigo...”: St. 54, 15.

(240) St. 54, 15. Versión de l'abbé Crampon del hebreo al francés.

¡Señor que te sea fiel hasta la muerte, porque nada hay tan horrible ni en la tierra ni en el infierno como la traición de un ministro del altar!

“Quid ultra debui facere tibi et non feci” podrá decirnos Jesús. Ego quidem plantavi te vineam speciosissimam et tu facta es mihi nimis amaram: aceto namque sitim meam potasti: et lancea perforasti latus Salvatoris.

Ego dedi tibi sceptrum regale, et tu dedisti capiti meo spineam coronam.

Popule meus (sacerdote mío) quid feci tibi? aut in quo contristavi te? Responde mihi (241).

XVI.— *El gozo cumplido*

V. 13. *Nunc autem ad te venio et haec loquor in mundo, ut habeam gaudium meum impletum in semetipsis.*

Más ahora vengo a ti; y digo esto estando todavía en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo.

1) *Exégesis*

Ante los Once que, Jesús ha pronunciado esta oración a fin que tengan ellos, la alegría, su alegría, tanto cuanto sus almas pueden contenerla. El gozo de Cristo es aquel que brota de su íntima unión con el Padre, el que su naturaleza humana percibe del amor, la protección y la glorificación del Padre. De esa alegría quiere hacer participar a sus discípulos para que ellos se gocen en su unión con Cristo y con el Padre, de la protección y amor que Este abundante les concede, y así con seguridad y diligencia se consagren a la obra encomendada para la gloria de Dios y salvación de los hombres (242).

La locución “*habeant impletum*” es del todo enfática; significa, que tengan mi alegría de modo plenísimo.

De diversos modos, se concibe “*gaudium meum*”. Para darnos su alegría tomó nuestro dolor, dice Ruperto. San Agustín, lo coloca en aquello de que “sean unos así como nosotros”, tal es la alegría que quiere comunicarles. Sentencia a la cual adhieren Toletus Caietanus y otros comentaristas (243).

(241) ¿Qué más pude yo hacer por ti y no lo hice? Yo te planté viña mía, hermosísima, y tú te me has hecho excesivamente amarga. Con vinagre saciaste mi sed y con lanza perforaste el costado de tu Salvador.

Yo te di cetro real y tú diste a mi cabeza corona de espinas.

Pueblo mío ¿qué te he hecho? ¿en qué te contristé? Respóndeme.

He seguido la opinión más corriente que considera a Judas como primer prevaricador del sacerdocio; sin embargo hay graves autores como el P. Fonck S. Y. y que sostienen haber salido Judas de la Cena Eucarística, en seguida de la Cena legal y en este caso no habría comulgado, ni habría recibido la ordenación sacerdotal. En todo caso, Judas prevaricó como traidor al apostolado.

(242) Cf. *Salm. Schz. Kep. Fil.*

(243) Cf. Knabenbauer. *Cursus Scripturae Sacrae. Comm. in Evangelium sec. Joannem.*

2) Elevación

Terminada mi misión redentora vuelvo nuevamente hacia Ti, oh Eterno Padre, y mientras estoy aún en el mundo te hablo e intercedo por ellos para que se llenen de mi celestial felicidad.

El sacerdote no ha renunciado a la felicidad, antes, al contrario si renuncia al mundo es por hallar la verdadera dicha, la que se encuentra en el cumplimiento fiel de su misión, en la identificación con el modelo divino. Jesucristo vino a traer al mundo la alegría, a darle su verdadero valor que había corrompido la carcajada brutal del epicúreo y la hipócrita rigidez del fariseo, El vino a enseñar la alegría suave y modesta que brota de la conciencia del deber cumplido, la que seca las lágrimas del dolor e ilumina las frentes con el dulce rayo de la esperanza cristiana. Sobre la pobre cuna del Niño de Belén los ángeles entonaron el himno de la cristiana alegría para anunciar al mundo que un nuevo concepto de la felicidad nacía.

Abrazado con amor de su cruz cotidiana, el Sacerdote es feliz porque la luz de la fe iluminando las espinas le muestra en ellas las rosas de su corona inmortal. El sacerdocio es donación porque el don es fruto del amor y en el amor se encuentra la perfección del Sacerdote. Pero esa donación de sí mismo debe hacerse con el corazón rebosante de alegría: "Dios ama al que da con alegría" (244, escribe el Apóstol, y por tanto "alegraos en el Señor, hermanos, de nuevo os digo, alegraos" (245).

No busquemos en el mundo, ni como los mundanos la alegría, "transit mundus et concupiscentia ejus" (246). "Del mismo modo, comenta el autor de la Imitación, la alegría mundana, entra suavemente pero al fin muere y mata" (247). La verdadera felicidad, al decir de Manzoni, "es tranquila y celestial en su aspecto como una promesa de la eterna que encontraremos en la gloria" (248).

No puedes saciarte con ningún bien temporal porque no has sido creado para esto... Es vano y breve todo solaz humano. "Beatum et verum solatium quod intus a veritate percipitur". Feliz y verdadero el que interiormente es percibido por la verdad (249).

(244) 2 Co. 10, 7.

(245) Flp 4, 4.

(246) Tr.: "El mundo y su concupiscentia pasa": 1 Jn. 2, 17.

(247) *Imit.* Lib. I, Cap. XX.

(248) Lungi il griddo e la tempesta
Dei trippudi inverecondi
L'allegrezza no é questa
De che i giusti son giocondi
Ma paccata in suo contegno
Ma celeste como segno
De la gioia che verrà.

(Manzonio. *Inno della Resurrezione*)

Tr.: Lejos del grito y de la tempestad
y de los gozos demasiado estrepitosos.
No es ésta la alegría.
Ni tampoco aquélla la que regocija a los justos
sino una alegría contenida en su modesta expresión
Es como un signo celestial
de la gloria que vendrá.

Himno de la Resurrección

(249) *Imit.* Lib. III, Cap. XVI.

“Ut habeant gaudium meum impletum in semetipsis...”, para que así el gozo que inundó el corazón de Cristo al cumplir hasta la inmolación su Sacerdocio, sea también el que rebose en el alma de sus Ministros.

El Sacerdote sabe que su felicidad no se la dará el mundo ni será como la que el mundo estima tal, sino que la buscará en la unión más íntima con Cristo y en hacer el bien a sus hermanos. “La felicidad consiste en darla” ha dicho un escritor de nuestros días (Francois Coppé) ¿y qué mayor que la felicidad eterna que el sacerdote da? “El saber es algo, el genio aún más, pero el hacer el bien es mucho más que ambos y la única superioridad que no crea envidiosos” escribió aquella ilustre mujer que se escondió bajo el nombre de Fernán Caballero, tal es la dicha y la superioridad que el sacerdote debe ambicionar.

¡Feliz el sacerdote que no vio en la dignidad recibida sino un grande y perentorio mandato; el de subir hasta el Señor en alas de una ardiente caridad, dándose todo entero a Dios y a sus hermanos; así su alegría será plena (250) y su dicha nadie podrá quitársela (251).

Cada mañana al subir al altar, el sacerdote piensa que sube al monte de la dicha donde se renueva su juventud “ad Deum qui lactificat juventutem meam” (252). Desde ahí descende al mundo a predicar el Evangelio de la verdadera felicidad.

Vivir plenamente su sacerdocio es fuente de pura dicha para sí mismo, de abundante para sus hermanos, de eterna para el Cielo.

XVII.— *El odio del mundo*

V. 14. *Ego dedi eis sermonem tuum, et mundus eos odio habuit quia non sunt de mundo, sicut et ego non sum de mundo.*

Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo.

1) *Exégesis*

Pero la alegría que Cristo ha pedido para sus Apóstoles (v. 13) debe estar sometido a la contradicción. Recibieron de Cristo la doctrina y la revelación divina, pero al aceptarla se pusieron en antagonismo con el mundo, renunciando a sus máximas y placeres.

Para recibir esta revelación, los apóstoles han debido renacer a una vida nueva, celestial, nacidos como Cristo del Espíritu Santo, mientras los mundanos tienen por Padre al demonio y siguen sus impulsos (353) y por esta razón el mundo los ha odiado, porque no le pertenecen. Han imitado mi ejemplo, “no son del mundo así como yo tampoco soy del mundo”. La misma causa del odio parece decir, es la que tienen contra mí y contra ellos; a mí como a Maestro, a ellos como discípulos, por tu misma doctrina somos odiados del mundo, porque no somos del mundo, o sea, no sentimos ni queremos con él (254).

(250) *Jn.* 16, 24.

(251) *Jn.* 16, 22.

(252) Tr.: “Al Dios que alegra mi juventud”: *Sl.* 42, 4.

(253) Cfr. *Jn.* 8, 44.

(254) Cfr. Knabenbauer, *Op. cit.*, p. 509.

2) Elevación

Yo le enseñé tu doctrina, que así “como tú me enviaste, así yo los enviaba” para predicar con su palabra y su vida... el espíritu evangélico totalmente opuesto al mundo, y por esto el mundo los aborreció, porque no pertenecen a él, como yo tampoco pertenezco pues mi doctrina es contraria a la del mundo...

Desde la cumbre del monte anuncié las bienaventuranzas divinas y a cada una de ellas el mundo lanzó su doctrina opuesta. “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos” enseñaba, yo, y el mundo respondía: “felices los que el mundo aplaude por su saber (real o ficticio) porque esos entran al templo de la Ciencia”. “Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra”. Felices, contestaba el mundo, los que usan la violencia y el terror. El que tenga más armas y arrojo poseerá la tierra. “Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados”. “Gocemos la vida, huyamos del dolor, coronémonos de rosas, bebamos, mañana moriremos”, responde el mundo. “Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia”, decía con mi corazón rebosante de amor y el mundo respondía: feliz el que jamás perdona, el que al caído le da con el pie, el que acaba de rematar a su víctima ¡ay de los vencidos!...

Bienaventurados los puros de corazón, los pacíficos, los que han hambre y sed de justicia, enseñaba en mi ley de caridad y el mundo como reto proclamaba: feliz el impuro que se revuelca en los lodazales de la vida, feliz el violento y el que tiene hambre y sed de bienes terrenales, el que sólo piensa en su felicidad y menosprecia la ajena.

Razón tenía Agustín de Hipona cuando cuatro siglos más tarde mostraba esas dos ciudades procedentes de dos opuestos amores. “Dos amores crearon dos ciudades, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la una, el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la otra”.

Et mundus eos odio habuit quia non sunt de mundo... y porque los sacerdotes representan el espíritu de Cristo opuesto al del mundo, el mundo los odia. Como al Maestro, el sacerdote puede decir “nos odian gratuitamente” (255).

Las falanges de sacerdotes martirizados, vejados, insultados son el cumplimiento vivo de la profecía de Simeón “positus est hic, in signum cui contradicetur” (256).

Sufrimientos y persecuciones por amor de Cristo son la alegría del buen sacerdote ‘*crux gaudium sacerdotis*’ (257). El martirio su más perfecto triunfo. “*Appellabo martirem predicabo satis*” (258).

A los sacerdotes que así han sufrido por la causa de Cristo se les aplica ciertamente el pasaje aquél del Apocalipsis: “*Hi qui amicti sunt stolis albis qui sunt? et unde venerunt?... Et dixit mihi: “Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, el laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni. Ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus, et qui sedet in throno habitabit super illis. Non esurient neque sitient amplius, nec cadet super illos, sol, neque ullus aestus; quoniam*

(255) *Sl. 24, 29.*

(256) Tr.: “Está puesto como signo de contradicción”: *Lc. 2, 34.*

(257) S. Juan Chrys. *Homil, de S. Cruce.*

(258) Del libro de S. Ambrosio, acerca de las vírgenes.

Agnus, qui in medio throni est, reget illos, et deducit eos ad vitae fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum" (259).

XVIII.— *Presérvalos...*

V. 15. *Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo.*

No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal.

1) *Exégesis*

Odiados por los hombres hostiles a Cristo, los discípulos, sin embarbo, deben permanecer en el mundo, vivir en medio de sus enemigos, ya que por la lucha pacífica del Espíritu triunfarán del mundo y le darán la salvación.

Cristo Nuestro Señor, no pide para ellos el quedar libre de persecuciones, sino el que se guarden irrepreensibles del mal. No pequeño consuelo, es para el discípulo en sus combates por el bien, pensar en esta petición de Jesús. "No te pido que los quites del mundo, sino que los libres del mal". Les predice tentaciones y persecuciones, pero también les anuncia su ayuda para librarlos del mal.

¿A qué mal se refiere aquí Nuestro Señor? Traen los comentadores diversas sentencias. Varios opinan que aquí se refiere al dominio (260). Otros, y esta parece ser la acepción más segura, "presérvalos del mal que está en el mundo". Tal es la sentencia de Knabenbauer, Lagrange, Lebreton con San Agustín, S. J. Crisóstomo y Sto. Tomás.

La misión de los apóstoles debe realizarse en el mundo, en medio del cual deben lucir como luminarias: "in medio nationis pravae et perversae lucetis sicut luminaria" (261), por eso Jesús no pide para ellos el que sean separados del mundo sino que no se contaminen con el espíritu del mal que en él reside: "sed ut serves eos a malo". El sacerdote debe llevar a cabo su santificación en medio de los afanes y dolores del ministerio, ha sido constituido para el servicio de sus hermanos "pro hominibus constitutus est" (262) y como su nombre de apóstol lo indica, ha sido enviado "ut eatis" (263) para que camine en el mundo, "et fructum afferatis" (264) y ahí haga fruto "et fructum vester maneat" (265) y su fruto tenga la perenni-

(259) Tr.: "Esos que están cubiertos de blancas vestiduras, ¿quiénes son y de dónde han venido? Yo les dije: Mi Señor, Tú lo sabes. Entonces me dijo: Estos son los que han venido de una tribulación grande y lavaron sus vestiduras, y las blanquearon en la sangre del Cordero; por eso están ante el solio de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y aquél que está sentado en el solio habitará en medio de ellos; ya no tendrán hambre ni sed, ni descargará sobre ellos el sol, ni el bochorno; porque el Cordero que está en medio del solio, será su pastor, y los llevará a fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos"; *Ap.* 7, 12 y 55.

(260) Col. Schz. ill. Weiss.

(261) Tr.: "En medio de una nación mala y perversa, brillaréis como lámparas"; *Fip.* 2, 15.

(262) Tr.: "Es constituido en favor de los hombres"; *Hb.* 5, 1.

(263) Tr.: "Para que vayáis".

(264) Tr.: "Y deis fruto"; *Jn.* 15, 16.

(265) Tr.: "Y vuestro fruto permanezca"; *Jn.* 15, 16.

dad de la obra de Dios. Ningún sacerdote puede sustraerse al sagrado deber del apostolado, so pena de asemejarse a la higuera maldecida por Jesús. Cuando nuestra vida se ha apasionado por un amor como el de Cristo, cuando nuestra inteligencia está iluminada por la maravillosa belleza de Dios que nos señala el origen del cual procedemos y las esperanzas de la gloria que allá nos esperan, no puede el alma sacerdotal sustraerse al imperioso deber del apostolado ni dejar de lanzarse en medio del mundo para arrojar a las almas el trigo de la palabra de Dios.

"Non rogo ut tollas eos de mundo" porque ellos son la sal que debe preservar la tierra, *"sed ut serves a malo"*, sino que los libres del peligro de adquirir el espíritu del mundo, el grande, el desastroso mal que arruina tantas vidas sacerdotales, para que así en medio de las tinieblas sean la luz que indique el camino hacia el Señor "quasi lucernae lucenti in caliginoso loco, donec dies eluceat..." (266).

"El Maestro no pide a su Padre, de retirarlos del mundo, porque su rol, al contrario, es santificar al mundo. En el orden actual de la providencia, el apóstol tiene su misión indispensable, y para desempeñarla hay que quedar en el mundo. Debe ser mezclado ahí.

"Como la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que toda la masa fermentó" (267).

Mezclado al mundo se experimentan sus sufrimientos, sus penas, y aún sus tentaciones. Se da uno cuenta mejor de las faltas, pecados y tibiezas, de todo lo que debe rescatarse, sanear y redimir. Pero para interceder como apóstol verdadero, hay que ser diferente de la masa pecadora y olvidada en la cual se está sumergido. Hay que ser puro o purificado, suficientemente puro para ser agradable a Dios, a fin de "cumplir en su carne lo que falta (como mediación providencial, reservada a los hombres) a la pasión de Cristo" (268).

"No lo disimulemos: vivir en el mundo, sin ser del mundo; vivir en ese medio peligroso no cediendo nada al mal; es una cosa ardua, imposible sin la gracia divina. Gracia de vocación apostólica y a la cual hay que corresponder por una buena voluntad verdadera, entera, sin complacernos en esta mundanidad, que nosotros no soportamos, sino para combatirla, para hacer penetrar en ella, el reino de Dios" (269). Y aunque están en medio del mundo sin embargo no pertenecen a él. El espíritu evangélico que los apóstoles derramaban, el que deben ahora derramar los sacerdotes es de total oposición con el del mundo. Lujuria, goce y egoísmo sintetizan el espíritu mundano; pureza, mortificación y caridad el cristianismo y por tanto el sacerdotal. ¡Ay del sacerdote que transige!; cada claudicación son giros de honra sacerdotal que se va dejando en el camino. Si el sacerdote habla con la voz del mundo, su palabra se apagará en medio del clamor de la multitud, si en cambio su voz tiene acento sobrenatural, su palabra será como el grito del profeta que resonaba hasta el silencio de las tumbas "ossa arida audite verbum Domini" (270).

(266) "Como antorcha que luce en un lugar obscuro, hasta tanto que amanezca el día":
2 P. 1, 19.

(267) Mt. 13, 33.

(268) Col. 1, 24.

(269) Leonce de Grandmaison S. J., *Ecrits Spirituels* T. III, p. 273.

(270) Tr.: "Huesos áridos, escuchad la Palabra de Dios": Ez. 37, 4.

Por otra parte ¿cómo puede estar de acuerdo con las máximas del mundo quien ha recibido misión de reformarlo? "et nolite conformari huic seculo" (271).

"Lo que es fuerte y lo que vive, decía un gran prelado, no necesita recibir apoyo ni consejo de lo que muere y sucumbe (272), o como S. Cipriano expresaba: Nada puede apeteer del siglo el que es superior al siglo" (273).

Junto a la gruta de Belén, Jerónimo escribía a Nepociano para instruirlo en los deberes y obligaciones de su alto ministerio y decía:

Qui autem vel ipse pars Domini est vel Dominum partem habet, talem se xhibere debet, ut et possideat Dominum, et ipse possideatur a Domino. Qui Dominum possidet et cum propheta dicit: Pars mea Dominus nihil extra Dominum habere potest.

El que es parte del Señor o con el Señor tiene parte, debe de tal modo exhibirse que posea al Señor o sea poseído por el Señor. El que posee al Señor y con el Profeta dice: el Señor es mi parte (Sl. 72-26) nada fuera del Señor puede tener.

La razón "quia de mundo non sunt" (274) es porque Jesús modelo del sacerdote tampoco pertenecía al mundo "sicut et ego non sum de mundo" (275) porque su misión fue de dar al hombre la vida de la gracia destruyendo en él la obra del mundo que es el pecado.

XIX.— *No son del mundo*

V. 16. *De mundo non sunt, sicut et Ego non sum de mundo.*

Todos no son del mundo así como yo tampoco soy del mundo.

1) *Exégesis*

Jesús ha pedido en el versículo precedente, que preserve del pecado a sus discípulos para que sean aptos para cumplir su ministerio. En vista de este ministerio, Jesús pide al Padre santificarlos en la verdad por una consagración que los haga instrumentos de elección. Los versículos 16 al 19 están llenos de esta idea.

El versículo 16 viene a ser como una repetición del 14, pero esta repetición tiene por objeto proponer otra idea que es la expresada en los versículos siguientes (17-19).

(271) Tr.: "Y no se conformen a este siglo": *Rm.* 12, 2.

(272) Tr.: Card. Pie.

(273) Lib. II, ep. 2.

(274) Tr.: "Porque no son del mundo": *Jn.* 17, 16.

(275) Tr.: "Como tampoco yo soy del mundo": *Jn.* 17, 16.

2) *Elevación*

“He aquí nuestra regla apostólica. Viviendo en el mundo y mezclados a él no debemos pertenecerle. Cuando tomamos por cuenta nuestra las maneras del mundo y sus modos de ser, faltamos a lo esencial de la vocación apostólica.

El mundo significa aquí todo lo que es obstáculo al reino de Dios, todo lo que es malo, profano, opaco a lo sobrenatural, carnal, egoísta.

La reparación apostólica del mundo: “puestos aparte, separados de los otros para el Evangelio de Dios” como San Pablo y Bernabé (276) es necesaria. Porque para obrar sobre alguna cosa o sobre alguien, modificándolo, cambiándolo, transformándolo, hay que ser diferente, poseer lo que él no tiene, asimilarlo a sí y no asimilarse a él.

Las máximas del mundo no son todas diabólicas, pero todas van a debilitar el espíritu sobrenatural; los hábitos del mundo no son todos condenables, pero todos van a apagar, desarmar, deprimir o entristecer al apóstol; las tentaciones, el contagio del mundo no es siempre mortal, pero es siempre peligroso, debilitante, respirando egoísmo, empobrecedor para la salud del espíritu” (277).

Como Jesús despojémosnos del espíritu del mundo para vivir en su plenitud la grandeza de nuestra sublime vocación.

XX.— *Inmolados a la Verdad*

V. 17. *Sanctifica eos in veritate. Sermo tuus veritas est.*

Conságralos en la verdad. Tu palabra es verdad.

1) *Exégesis*

La palabra “*santificar*” traducida directamente del griego forma la idea central de estos versículos 17-19. “El verbo *santificar* significa en el texto griego propiamente hacer sagrado o santo, o sea; trasladar un ser del dominio profano al sagrado, consagrarlo a Dios como víctima, ofrecerlo en sacrificio (278) o aún dedicar una persona a una obra, santificarla en vista de un ministerio divino” (279).

“*En la verdad.* Debiendo consistir el rol de los apóstoles en predicar la verdad, convenía que ésta fuera, por decirlo así, el elemento en el cual serían santificados. Jesús indica brevemente en qué consiste la verdad santificante: tu palabra es verdad, o sea el conjunto de la doctrina evangélica” (280).

(276) *Hch.* 13, 2.

(277) Leonce de Grandmaison. *Ecrits Spirituels*, t. III.

(278) Cfr. *Ex* 13, 2: Dt. 15, 19.

(279) *Ex.* 28, 37.

(280) Cfr.: Huby *Op. cit.*, Fillion: *La Sainte Bible* in loc. cit.

2) Elevación

Santificalos, inmólos a la predicación de la verdad.

Todo lo que es verdadero debe ser patrimonio del sacerdote. En el Levítico se lee que la verdad era vestidura del pontifice: "vestivit (Moyses) Pontificem... et humerale.. aptavit rationali, in quo erat: Doctrina et Veritas" (281).

Vida de verdad significa vida de fe; por ella nos hacemos espectadores del invisible, por ella vemos a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios.

Vida de verdad representa vida según el ideal del Evangelio, según las direcciones de la Cátedra de Verdad que habla por Pedro, según el alto fin de agradar a Dios. Todo eso es vivir en verdad.

Vida de verdad, santificados en ella, es la condición del apostolado fecundo, es inclinarnos a todo

"Lo que es verdadero, todo lo que respira pureza, todo lo que es santo, todo lo que nos haga amables, todo lo que es de buena edificación" (282).

"Revistiéndonos así, como corresponde a elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia; sufriendonos los unos a los otros y perdonándonos mutuamente si alguno tiene alguna queja contra otro: como el Señor nos ha perdonado, perdonando a otros lo que nos deben. Y por encima de todo, caridad, que es vínculo de perfección. Y la paz de Cristo, triunfe en nuestros corazones" (283).

"Santificados en la verdad quiere decir, que todos estos buenos sentimientos están en nosotros en estado habitual y seriamente, no por modo de exaltación momentánea o de simple deseo o de entusiasmo pasajero o complacencia superficial. En la verdad de nuestro espíritu, de nuestro corazón, de nuestra voluntad, de nuestra sensibilidad, en nuestra carne y nuestra sangre.

En la verdad que funda, que subsiste, que es una, estable, sólidamente arraigada, sobre la cual se puede contar y edificar. En la verdad que es espíritu y no carnal; que es libre de ese apego sutil al propio espíritu, a la voluntad propia y que es obstáculo al avance de la gracia en nosotros" (284).

Debemos ser "cooperadores veritatis" (285) para llegar un día a la unión perfecta con "Aquél que es la Verdad".

Tu palabra es la verdad, porque eres el Verbo, palabra substancial y eterna en la cual el Padre se contempla y contempla toda la creación. La verdad que tus apóstoles deberán anunciar es la palabra de Dios, o sea el conjunto de la doctrina evangélica.

Señor haz que mi palabra de sacerdote sea siempre un eco de tu palabra eterna llena de la fecundidad de tu Verbo divino, que nunca hable "in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus

(281) "Vistió" (Moyses) al Pontifice... el humeral... le colocó el racional; en el cual era: "Doctrina y Verdad". Lv. 8, 7-8.

(282) Flp. 4, 8.

(283) Col. 3, 12-15.

(284) L. De Grandmaison. *Ecrits Spirituels*, t. III.

(285) Tr.: "Cooperadores de la verdad". 3 Jn. 8.

et virtutis" (286) "sea ella siempre como la pidió en su cántico el gran legislador de Israel": "descendat ut pluvia doctrina mea, fluat ut ros eloquium meum, quasi imber super herbam et quasi stillae super gramina" (287) para que así "haciendo la obra de evangelización — opus fac evangelistiae" cumpla el ministerio sublime para el cual me elegiste "ministerium tuum imple" (288).

XXI.— *Enviados*

V. 18. *Sicut tu me misisti in mundum et ego misi eos in mundum.*

Así como tú me has enviado al mundo, así yo también los he enviado a ellos al mundo.

1) *Exégesis*

La razón por la cual Jesús pide en esta hora la santificación y consagración de sus apóstoles (v. 17) es la misión que ellos deben desempeñar, continuación de la divina que el Padre celestial le ha encomendado: "así como tú me has enviado al mundo, así yo también los he enviado a ellos al mundo" (v. 18). *Misi*; ya han sido destinados a esto.

"Atiende a la eficacia del argumento: yo los envié, ellos no se mezclaron por propia autoridad ni usurparon este oficio; yo los envié, con la divina autoridad, la misma por la cual yo he sido enviado por ti al mundo; luego santificalos, Padre, como enviados por mí y por ti" (289).

2) *Elevación*

Como el Padre envió a su Unigénito "porque amó tanto al mundo" (290) así por ese mismo amor y con igual misión envía a sus sacerdotes.

En el día eterno oyóse la voz del Padre que decía: "¿a quién envío?" (291) y el Verbo ejecutor de sus obras respondía: "aquí estoy, envíame" (292) "porque los holocaustos y sacrificios no los quisiste, las hostias por los pecados no te agradaron y entonces dije: "he aquí oh Dios que vengo a cumplir tu voluntad" (293).

Y el Padre envió a su Hijo a realizar la obra de la redención. "Sic Deus dilexit..." (294).

(286) ...No con palabras persuasivas de humano saber pero sí con los afectos sensibles del espíritu y de la virtud...": *1 Co.* 2, 4.

(287) "...Que mi enseñanza se derrame como la lluvia, que mi palabra caiga como el rocío, como las ondas sobre la verdura y como gotas de agua sobre el prado": *Dt.* 32, 2 (versión de Crampon).

(288) Tr.: "Cumple tu ministerio": *2 Tm.* 4, 2.

(289) Toletus, citado por Knabenbauer.

(290) *Jn.* 3, 16.

(291) *Is.* 6, 8.

(292) *Ibid.*

(293) *Hb.* 10, 5 y ss.

(294) Tr.: "¡Así amó Dios!": *Jn.* 3, 16

Del mismo modo y para la misma obra Cristo envió en el mundo al sacerdote... el sacerdote es el vicario del amor de Cristo (295).

"Mirad vuestra vocación" (296) "a fin que sigáis una conducta digna de Dios, agradándole en todo, produciendo fruto en toda especie de obras buenas..." (297).

La misión del Hijo de Dios a la tierra es el más grande testimonio de amor que Dios puede dar a la humanidad. El sacerdote es el continuador de ese testimonio, el certificado auténtico que las misericordias de Dios no han cesado sobre los hombres.

Enviado, es decir apóstol. Cristo Nuestro Señor es el primer apóstol y la fuente de todo el apostolado cristiano y especialmente sacerdotal.

Cristo es el don de Dios a la Iglesia, la Iglesia es el don de Cristo a las almas, el sacerdote es el medio por el cual esa donación se verifica.

"Como tú me enviaste"... identidad de misión... "así yo los envío"... "somos redimidos que debemos salvar a otros redimidos" (298).

Dame, Señor, el alma grande de tus apóstoles, los que nunca olvidaron la identidad misteriosa que unía su vocación con la tuya, los que siempre pensaron que eran embajadores de Cristo entre los hombres, los que nunca quisieron predicarse a sí mismo sino la buena nueva de tu evangelio de paz.

Las sombras gigantes de los "Doce" deben guardar el espíritu apostólico del sacerdote. Bajo sus mantos amplios como el mundo debemos cobijar nuestros anhelos. En nuestros corazones debe de continuo resonar el grito apremiante de Cristo: "Messis quidem multa..." es mucha la mies... y el de Pablo: "vae autem mihi si non evangelizavero..." Ay de mí si no vivo mi vida apostólica...

Con un convertido —alma grande y extraña— te clamamos:

"Queremos ser uno en Vos en vuestra gran obra de la Redención; ser con Vos salvadores de almas —misterio glorioso— en vuestro holocausto de adoración y de alabanza a vuestra eternidad de amor" (299).

XXII.— *Inmolación apostólica*

V. 19. *Et ego pro eis santifico meipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate.*

Y por ellos yo me consagro a mí mismo, a fin que ellos sean, también consagrados en verdad.

1) *Exégesis*

Los comentadores antiguos y modernos han adoptado generalmente esta interpretación: Jesús se consagra por sus discípulos, o sea se entrega como víctima, se ofrece en sacrificio a su Padre (300).

(295) S. Ambrosio.

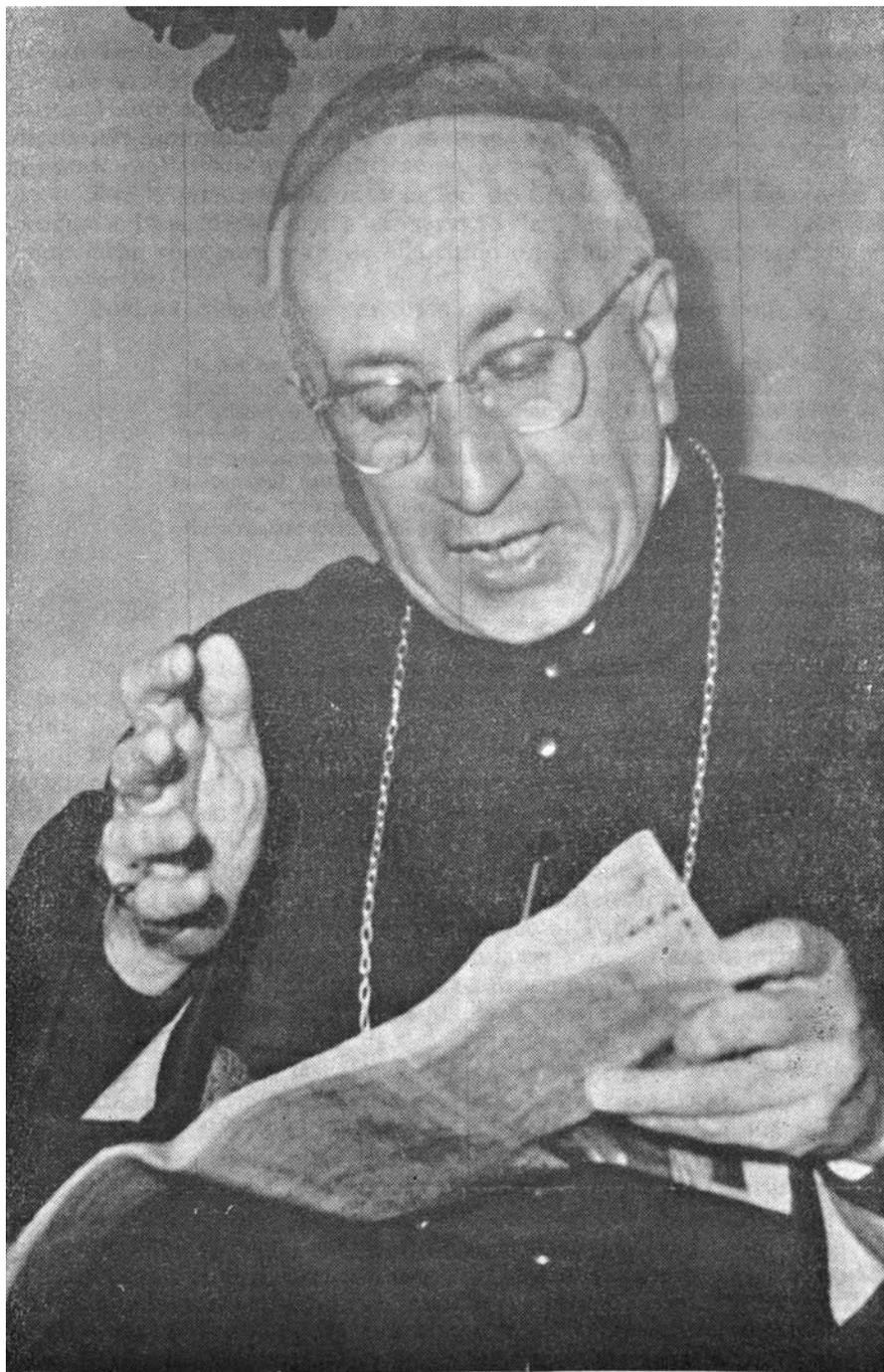
(296) *I Co.* 1, 26.

(297) *Col.* 1, 10.

(298) Isabel de la Trinidad

(299) León Bloy.

(300) Cfr. M. de la Taille, *Mysterium Fidei*, 88



MONS. LARRAIN LEYENDO EL DIARIO.

Iglesia en el mundo: El Evangelio en una mano y el periódico en la otra.

“De esta consagración de Cristo, de su sacrificio dice Huby, brotará la consagración de sus discípulos, su santificación. Como dice la epístola a los Hebreos, Cristo es aquél que santifica porque se sacrifica, y sus discípulos son santificados, o más bien, siguiendo el sentido del participio presente, aquellos cuya santificación está en camino (301).

Por la virtud de la inmolación de Cristo, los discípulos serán consagrados a Dios, deutados a su servicio “en la verdad”, no solamente para anunciarla, sino para vivir de ella como un medio que los penetrará y transformará (302).

Bossuet dice en sus meditaciones sobre el Evangelio:

“Jesús era santo y consagrado a Dios, no solamente en calidad de pontífice, sino aún en calidad de víctima... Es por eso que él se santifica y se ofrece, que él se consagra como una cosa dedicada y santa al Señor. Pero él añade: yo me santifico por ellos, hablando de sus apóstoles, a fin que participando por su ministerio a la gracia de su sacerdocio, entren también al mismo tiempo en su estado de víctima; y que no teniendo por ellos mismos la santidad que se necesitaba para ser los enviados y ministros de Cristo, la encontrasen en El” (303).

2) Elevación

Por mis sacerdotes me ofrezco como víctima para que santificados interiormente por el Espíritu Santo sean aptos para la predicación del Evangelio.

Hemos penetrado en el gran secreto de Jesús. El gran amor de su corazón es la Iglesia “para santificarla se entregó por ella”. Y su Iglesia está ante todo en los sacerdotes. Por ellos se ofrece en sacrificio, por ellos se inmola para que sean santos en la verdad de su vocación.

Como Cristo, cada sacerdote debe inmolarsé por las almas que el cielo le ha confiado. Cada mañana en el altar del sacrificio ofrece la Víctima divina y se ofrece con ella, cada día ofrece al Padre con Cristo en el Espíritu Santo la oblación completa de sí mismo y es en ese espíritu de víctima donde su sacerdocio alcanza plena realización. Ese diario ofrecimiento asocia y configura el discípulo a su Maestro, el servidor a su Señor y el apóstol cristiano a Cristo Jesús.

“Se persuade a las almas con la palabra, pero sólo se las salva con el sacrificio”, escribió el Ven Chevrier, corazón eminentemente sacerdotal.

Es en el sacrificio de cada día e instante hecho en unión de la víctima divina donde el sacerdote realiza la obra sublime del redentor y hace llegar hasta las almas los frutos preciosos de la sangre del Cordero. Es en el sacrificio donde debe repetir la frase del Maestro “yo me inmolo por ellos para que ellos queden inmolados a la verdad” (v. 19).

El gran acto del sacerdocio del Cristo fue morir sobre la cruz. Resucitado, queriendo conservar su sacerdocio eterno, perpetúa el sacrificio, en el cielo, donde está en perpetua inmolación “Agnus stans tamquam occisus” y en la tierra en el sacrificio de la Misa que se renueva en todos los instantes. Según San Agustín la última perfección del sacerdocio de la ley de gracia consiste en unir al sacrificio del cuerpo de Cristo el sacrificio de sí

(301) Hbr. 2, 11; 10, 15.

(302) Huby, *op. cit.* in loco cit.

(303) Bossuet, *Méditations sur l'Évangile.*

mismo e inmolarse a Dios al mismo tiempo que se le ofrece el divino Cordero inmolado por la salud del mundo (304).

“En razón de su dignidad sacerdotal, escribe Bourgoing, Jesús tiene tres miradas; hacia el Padre para glorificarlo, hacia sí mismo para sacrificarse, y hacia nuestras almas para santificarlas y reconciliarlas con Dios... Tres oficios divinos y admirables que El nos comunica a nosotros, sacerdotes, como a sus Cristos, a sus santos, a sus sacerdotes y que ejercita cada día mediante nuestras funciones” (305).

Pero notemos bien; esa gloria al Padre y esa redención de los hombres se realiza por medio del sacrificio. Es en esa mirada sobre sí mismo, mirada de sacerdote que ofrece y de víctima que inmola donde todas las funciones sacerdotales de Cristo conjuntamente se ejercieron. El es, dice la tradición católica por boca de San Agustín, sacerdote y víctima “ipse igitur sacerdos et victima” (306) y como San Paulino de Nola añade: “fue víctima de su sacerdocio y sacerdote de su víctima...” (307).

Vivir su Misa debe ser la fórmula que encuadre toda nuestra espiritualidad y acción sacerdotal.

“Yo os exhorto, hermanos, dice San Pablo a ofrecer vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable a Dios; es el culto espiritual que le debéis”.

Vivir nuestra Misa significa aprender cada día a sacrificarnos con Cristo:

“El sacrificio visible que se ofrece exteriormente a Dios, dice San Agustín, es el signo del sacrificio invisible por el cual uno se ofrece a sí mismo y lo que posee para honrar a Dios”.

Y San Gregorio el Grande a su vez escribe:

“Es necesario que cuando asistamos al Santo Sacrificio, muramos en cierto modo por la contrición de nuestro corazón, porque celebrando los misterios de la pasión del Señor debemos imitar lo que hacemos. La Hostia no nos será, en efecto, favorable ante Dios ni acaso no nos hacemos nosotros mismos hostias” (308).

Los sacrificios sacerdotales unidos el augusto de la Misa y el Calvario se elevan, dignifican y adquieren su unidad sobrenatural. Así podremos con propiedad repetir la oración con que la Iglesia en su liturgia, expresa esta idea:

“Dignate Señor, santificar estos dones y aceptando la ofrenda de la hostia espiritual, haz de *nosotros mismos* una oblación eterna a vuestra gloria, por Cristo Nuestro Señor” (309).

“Introibo ad altare Dei”... Palabras que a cada instante deben orientar mi vida. “Voy a ese altar, a Jesucristo, mi Señor y mi Dios; yo entro en

(304) V. Card. Pie. *Pages Choisies*, t. II.

(305) Bourgoing. Prefacio a las Obras de Bérulle, p. 103.

(306) Tr.: “El mismo es sacerdote y víctima”: Aug. *Trat ad. Judeos Cfr. Confes.* 10, 43.

(307) Epist. XI, 8; (*P. L. LIV*, 196).

(308) S. Greg. Mag.—*Dial LIV*.

(309) Lunes de Pentecostés.

El, me escondo en El, en Dios; me extendo sobre esta *pedra* y dejo grabarse en mí, tallarse, las llagas de Jesús Crucificado que figuran las cinco grandes cruces talladas en el altar. Sacerdote, hostia, altar con El y por El, es necesario que yo aparezca como tal a los ojos de la Iglesia si quiero verdaderamente aplicarme al Misterio de la gran Acción (310) que renueva la oblación de Jesucristo" (311).

La Oración de Cristo por la Iglesia
(V. 20-26).

La mirada de Cristo se dilata. De sus apóstoles se extiende a todos aquellos que creerán en El por la predicación de éstos. Su oración abraza ahora todos los cristianos del porvenir. Oración grande, magnífica, de Sumo y eterno Sacerdote abarcará los siglos y las generaciones. Oración *católica* por excelencia.

Dos partes distinguimos en este último pasaje: Cristo ora por todos aquellos que creerán en El (v. 20 al 23) y el epílogo de la oración sacerdotal (v. 24 al 26).

XXIII.— *La oración de Cristo por aquellos que creerán en él.*
(v. 20-23).

V. 20. *Non pro eis autem rogo tantum, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me.*

Pero no ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación.

1) *Exégesis*

La intercesión del Pontífice supremo abraza en este momento solemne todas las numerosas almas que, gracias a la predicación de los apóstoles, deben en el curso de los siglos creer en Jesucristo. Pide que todos los fieles participen del fruto de su sacrificio. *Per verbum...* o sea por la predicación de palabra y vida apostólica. *Credituri sunt...* En el griego está en presente pero en realidad tiene sentido de futuro y por esto lo traduce en ese tiempo verbal la Vulgata. "El participio griego reproduce probablemente un participio arameo, que tiene el sentido de presente y de futuro" (312).

2) *Elevación*

El sacerdote es padre que engendra hijos a Dios.

Cristo ama a aquéllos que han de nacer a la vida de la gracia al calor de la palabra sacerdotal... "qui credituri sunt per verbum eorum in me". Por

(310) Antiguo nombre de la Misa.

(311) Vandeour.—*La Sainte Messe, échelle de la sainteté.*

(312) P. Jouon. *Recherches de science religieuse*, 1927. P. 229.

ellos también ruega en esta hora suprema después de haberlo hecho por sus sacerdotes. En el pensamiento de Jesús la Iglesia es como una gran familia donde padres e hijos reunidos, sacerdotes y fieles, la jerarquía y la "sancta plebs cristiana" (313) viven plenamente la vida de Dios.

La misión del sacerdote es llevar por su palabra llena de apostólica unción otras almas a Cristo... Per verbum ad Verbum (314). Jesús ve a sus sacerdotes como simientos que germinan en numerosos hijos que "han de creer por su palabra en El".

Como en el verso del poeta antiguo (315) "cual corredores que se transmiten las lámparas de la vida" así el sacerdote enciende en otros pechos la luz que recibiera.

El celo —hacer que otros crean en Jesús por la palabra de nuestra vida— es cualidad esencial de la vida sacerdotal.

La vocación sacerdotal sólo se concibe en un sentido eminentemente apostólico y la señal distintiva del apóstol es su celo.

Del Corazón ardiente del Maestro que exclama: "he venido a traer fuego a la tierra y ¿qué he de querer sino que ella se abraze?" (316) nace el celo apostólico del sacerdote. El corazón sacerdotal recibe ese fuego, inflama en él su espíritu y ardiente se arroja en medio del mundo en nombre de Aquél que hace a sus ministros "ignem urentem" (317) fuego que abrasa.

La vida sacerdotal es donación y nos damos a la medida de nuestro celo. La hostia que cada mañana ofrecemos en la oblación litúrgica nos habla de donación perfecta "ut et qui vivunt, jam non sibi vivant sed Ei, qui pro ipsis mortuus est" (318).

Hay un éxtasis de la acción cuando ésta nace del celo así como lo hay en la oración cuando ésta brota del amor.

¡Dame, Señor el corazón ardiente de tus apóstoles, que únicamente pensaron en hacer "que otros creyeran en Ti por su palabra", el de Pablo que anhelaba "ser anatema por sus hermanos" (319) y el de los Doce "cuyo sonido se escuchó en toda la tierra y cuya voz llegó hasta los últimos confines del orbe" (320) el de Javier, divino impaciente, que anuncia en el Oriente tu mensaje y el de Teresa de Lisieux que en la oración y el sufrimiento fecunda la acción de tus heraldos. Celo de los misioneros que un día partieron hacia las regiones sombrías a depositar en playas ignotas el signo de la Cruz y celo de los que en mil ocultas tareas regaron y fructificaron la simiente redentora. Celo, auténtico y apostólico celo, el apasionado, el ardiente, el que no sólo da el Evangelio sino a sí mismo.

"De tal manera amándoos, que deseábamos con ansia comunicaros, no sólo el Evangelio de Dios sino también nuestra misma vida" (321).

(313) Tr.: "El pueblo santo cristiano".

(314) Tr.: "Por la palabra a la Palabra".

(315) Lucrecio.

(316) *Lc.* 12, 49.

(317) *Sl.* 103, 4.

(318) *2 Co.* 5, 15. Tr.: "para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para él, que murió y resucitó por ellos".

(319) *Rm.* 9, 3.

(320) *Sl.* 18, 5.

(321) *1 Ts.* 2, 9.

XXIV.— *Para que crea el mundo*

V. 21. *Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te ut et ipsi in nobis unum sint; ut credat mundus quia tu me misisti.*

Que todos sean una misma cosa, y que como tú ¡oh Padre! estás en mí y yo en ti (por identidad de naturaleza) así sean ellos una misma cosa en nosotros (por unión de caridad) para que crea el mundo que tú me has enviado.

1) *Exégesis*

Jesús pide para los futuros convertidos, por los que han de creer en Él por la palabra del sacerdote, lo mismo que en el versículo 11 había pedido para sus Apóstoles; la unidad. Tanto para el Colegio Apostólico cuanto para el reino de Dios todo entero, la unidad es una condición esencial; sin ella no podría subsistir (322).

La unidad, o sea sentir y gustar lo mismo, amarse mutuamente, vivir unánimes, (en una sola alma) concordes (en un mismo sentimiento). No se trata de cualquier unidad, sino la más perfecta que existe, imagen de la unión del Padre y del Hijo en la comunicación de una sola y misma naturaleza. Por segunda vez la unión inefable existente entre Cristo y su Padre se nos propone como ejemplo perfecto (v. 11).

Cristo pide para su Iglesia la unión de fe de donde brota la unión de Caridad.

Tal espectáculo de caridad debe ser el argumento por donde los no creyentes vean que Cristo es el enviado del Padre; “etenim a concordia discipulorum ego doctor comprobator quod a Deo exierim” (323).

2) *Elevación*

Un omnes unum sint... Tus fieles, los miembros de tu místico cuerpo, las ramas de la misma vid deben vivir en la unidad, ya que es “uno el Señor, una la fe y uno el bautismo” (324).

En la paz “tranquilitas ordinis” es donde nosotros con toda solicitud debemos buscar la verdadera unidad; la del espíritu.

“Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis” (325).

Para esto debemos matar las miras egoístas y abrir los caminos a las miras amplias, al espíritu universal, católico, que es el espíritu de Dios. El sacerdote es el hombre de todos los tiempos, de todas las clases, de todos los pueblos, no hay para él

“distinción entre judío y griego, ni siervo ni libre, ni tampoco de hombre y de mujer. Porque todos vosotros sois una sola cosa en Cristo” (326).

(322) Ef. 12, 25.

(323) Tr.: “También por la concordia de los discípulos yo doctor compruebo que procedo de Dios”: Teoph.

(324) Ef. 4, 5.

(325) Tr.: “Guardar solícitos la unidad del espíritu en el vínculo de la paz”: Ef. 4, 3.

(326) Ga. 3, 28.

Nuestra obra debe ser de paz, porque es de unidad. La misión apostólica sólo se concibe a la luz de integrar la unidad del Cuerpo Místico de Cristo.

Pero ¿cuál es la causa de esa unidad de espíritu tan ardientemente pedida por Cristo? Debemos constituir un solo cuerpo, una sola casa, una sola familia. Ahora bien, un cuerpo exige un sólo espíritu para vivificarlo; una casa, un solo espíritu para animarla; una familia, un sólo espíritu para dirigirla.

“Unum Corpus et unus spiritus sicut vocati estis in una spe vocationis vestrae” (327).

Un cuerpo, la Iglesia, del cual Jesús es la cabeza y nosotros los miembros. Porque somos de ese cuerpo no podemos tener sino un espíritu. Atrás, pues, en nuestra vida sacerdotal el espíritu propio y particular que estrecha y que divide. Un solo espíritu debe animarnos; la esperanza común del cielo al cual todos hemos sido llamados, “sicut vocati estis in una spe vocationis vestrae”.

“Un solo Dios, Padre de todos, el cual es sobre todos y para todos y en todos” (328). Constituímos una sola familia, la Iglesia; necesitamos por tanto *un solo espíritu* de familia en todo el universo y ese espíritu no puede ser otro que el amor filial por el cual llamamos a Dios nuestro Padre. “Spiritum adoptionis filiorum in quo clamamus, Abba, Pater” (329).

De ese espíritu familiar bebido en el gran dogma de la adopción divina el sacerdote debe llenar su alma. El es por excelencia el mensajero de la unidad, el hombre de la Iglesia, “eclesiástico”, el que lleva a las almas al dulce abrigo del hogar común: Nuestra Santa Madre la Iglesia.

Ese espíritu de familia —de la sobrenatural en la cual vive— debe ser la señal distintiva del sacerdote, así podrá contribuir al llamado ardiente de Cristo en esa hora “*ut omnes unum sint*” (330).

Es en la gran oblación eucarística, ahí donde se ofrecen los dones de la unidad y de la paz “*unitatis et pacis dona*” (331) donde encontraremos el secreto de esa unidad pedida por Jesús.

“¡O la bella, la santa unidad del pan y del vino! En esta hostia *una*, en ese vino uno, *hay* una multiplicidad, una muchedumbre que yo veo, contemplo y admiro, porque la veo, contemplo y admiro confundida en la unidad del pan, del vino de Dios” (332).

Unus panis, unum corpus, multi sumus, omnes”. Henos aquí a todos, pan único que somos, henos aquí un solo cuerpo en Jesucristo (333), lazo inefable de la unidad cristiana “el más grande de todos los bienes” (334). Dadnos a aquellos que, granos y racimos, has reunido en un solo Cuerpo, dadnos de permanecer siempre unidos en un mismo espíritu para ofrecerse y realizar el voto del Amor Supremo. ¡*Ut unum sint!*” (335).

(327) Tr.: “Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados a una esperanza de vuestra vocación”: *Ef.* 4, 4.

(328) *Ef.* 4, 6.

(329) *Rm.* 8, 15.

(330) Tr.: “Para que todos sean uno”.

(331) Secreta del Corpus.

(332) Vandoeur.—*La Ste. Messe, échelle de sainteté.*

(333) *I Co.* 10, 17.

(334) S. Ign. de Ant. *Ad. Ephes.*

(335) Vandoeur.—*Op. cit.* 145.

...*Ut credat mundus, quia tu me misisti.*

El sacerdote debe predicar a Cristo, enseñar al mundo que es el Mesías, el enviado de Dios; Jesús, el Salvador. Pero para eso debe dar un grande y supremo argumento; la unión de caridad, "in hoc cognoscent omnes" había dicho el Maestro... tal será la señal distintiva, la mutua caridad.

La dieron las primeras generaciones cristianas "cor unum et anima una" (336), la contemplaron estupefactos los paganos "mirad cómo se aman estos cristianos"; la repitieron con noble orgullo sus escritores y apologistas; "no hablamos mucho sino vivimos" (337).

Debe seguirla repitiendo el sacerdote en nuestros tiempos.

Sólo una efusión inmensa de caridad puede salvar al mundo de la ola de odio que amenaza sepultarlo. En este gran argumento el sacerdote enseñará a conocer a Jesús. En la caridad sacerdotal los hombres verán como un trasunto y reflejo de la caridad infinita del Corazón de Jesús. "Sacerdos vicarius amoris Christi" (338).

XXV.— *La gloria apostólica*

V. 22. *Et ego claritatem quam dedisti mihi, dedi eis ut sint unum sicut et nos unum sumus.*

Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros.

1) *Exégesis*

La claridad o gloria de que Jesús habla, ("doxa" en el texto griego) la que el Padre le dio para que nos la diese a nosotros es la gloria de la filiación divina. Es la misma de la cual habla el prólogo del Evangelio de San Juan, "hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad" (1, 14) y esa gloria de la filiación divina, que El recibió naturalmente como Hijo de Dios, la comunica a los cristianos. "A todos los que creen en su nombre les dio la potestad de ser hijos de Dios" (1, 12).

Como consecuencia de esta participación de la filiación divina que Cristo hace a todos los fieles, nace en ellos el deber de la unidad, porque los "hijos de Dios obran según el mismo espíritu de Dios" ((340). Cristo vive en los cristianos los cuales deben imitar esa unidad que estrecha al Padre y al Hijo en una misma naturaleza, inteligencia y voluntad. Esta unión de los fieles tan alabada en los comienzos del cristianismo (341) tan recomendada por los apóstoles (342) es y sigue siendo una de las ardientes preocupaciones de la Iglesia ((343), la cual reserva sus más duros anatemas para los que quieran destruirla.

(336) *Hch.* 4, 32.

(337) Tertuliano.

(338) Tr.: "El sacerdote es vicario del amor de Cristo".

(339) S. Ambrosio.

(340) *Rm.* 13, 14.

(341) *Hch.* 2, 46; 5, 12.

(342) *Rm.* 15, 5; *1 Co.* 1, 10; *Cf.* 4, 3.

(343) Cfr. Encíclica *Mortalium animos* de Pío XI, del 6-1-1928.

“Les he comunicado a ellos todos los bienes y todos los dones celestiales. Un comentarista de mérito explana así el versículo presente: de los cuales tú me has colmado, los he honrado con el distintivo de hijos de Dios, como yo lo he sido por ti; yo por naturaleza, ellos por adopción, a fin que como miembros de una misma familia sean una sola cosa, así como una sola cosa somos nosotros” (344).

2) Elevación

La claridad que Tú me has dado yo se las di a ellos...

El Apóstol, el sacerdote, es una irradiación de Jesús.

La Luz del Padre, su divinidad, iluminó la humanidad sagrada de Cristo y a través de ella los hombres conocieron a Dios “aquél que me ve a Mí, ve a mi Padre celestial”. “El Dios desconocido se manifestó”, el Invisible “qui nemo vidit unquam” se hizo visible “illuxit in facie Christi Jesús” (345) el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”.

Cristo a su vez, se manifiesta, resplandece, en sus sacerdotes.

El sacerdote es como una prolongación del misterio de la Encarnación.

Irradiar a Jesús es su primera y única misión. Al través de su palabra y de su vida los hombres deben descubrir la misteriosa pero verdadera presencia de Jesús.

El sacerdote lleva en sí una configuración a Cristo; la gracia del sacramento tiende a eso, la cooperación del alma la realiza plenamente.

“Claritatem quam dedisti mihi, dedi eis”, la luz de mi sacerdocio yo se las comuniqué a Ellos. Cristo participa a sus fieles, los miembros de su místico cuerpo, las grandezas de su sacerdocio. El Bautismo y la Confirmación llevan en sí una participación al eterno sacerdocio de Cristo que el Sacramento del Orden comunica plenamente. De esta plenitud sacerdotal viven la Iglesia y las almas. Toda la religión cristiana, al decir del Angélico, pende del sacerdocio de Cristo.

Irradiar nuestro sacerdocio, comunicar a los hombres el misterio redentor, hacer que la gracia de ese misterio llegue por nuestro intermedio hasta lo más profundo del alma para dominarla por entero, tal es nuestra misión.

Claritatem quam dedisti mihi, dedi eis.

Ut sint unum, sicut et nos unum sumus.

La misma petición que ha hecho exclusiva para los apóstoles en el versículo 11, ahora la extiende a todos; que sean unos así como El y el Padre son unos.

Llevar a la unidad de su místico cuerpo, donde se vive el gran misterio de unidad del Padre y del Verbo en el Espíritu Santo, tal es el fin de la obra redentora de Cristo que la Iglesia, por sus sacerdotes, realiza.

El dogma de la Comunión de los Santos, el sublime y desconocido dogma de nuestro Credo, nos explica esa unidad que Cristo pidió al Padre en esta hora suprema.

Uno para todos, todos para uno, tal es la ley universal de este dogma central de nuestra fe.

(344) Martini.

(345) Tr.: “Brilló en el rostro de Cristo”.

“Todos hemos sido bautizados en un solo espíritu para ser un solo cuerpo” (346).

En ese cuerpo místico, por el dogma de la Comunión de los Santos, vivimos el misterio de unidad. Todos unidos a una sola cabeza, Cristo; todos formando un solo Cuerpo con El; la Iglesia.

Una sola alma vivifica y une cada parte del Cuerpo, la misma sangre circula en cada miembro, existe la perfecta unidad de vida, *ut sint unum, sicut et nos unum sumus*. Y ese misterio de unidad debe realizarlo el sacerdote. El incorpora por el bautismo y da vida, por la penitencia a los miembros muertos, él bendice el matrimonio que “es gran sacramento” justamente porque simboliza la unión de Cristo y la Iglesia, El sobre todo, en la unidad de la hostia y del vino, en la unidad del sacrificio, hace a los fieles “concorporales” con Cristo y les da a beber plenamente el misterio de unidad “*hujus aquae et vini mysterium*” (347).

¡Señor, hazme amar este misterio de unidad! y haz que mediante un íntimo sentido de la Iglesia lo viva y haga vivir.

El egoísmo espiritual, el individualismo religioso, la miopía y la estrechez del alma deben estar excluidas de todo corazón sacerdotal llamado únicamente a alimentarse con el sólido, vivificante y amplio espíritu de la Iglesia que es *Una*, que es *Católica*, que es *Romana*.

Tales características deben ser las de la piedad y espíritu sacerdotal.

XXVI.— *La fuente de vida*

V. 23. *Ego in eis, et tu in me ut sint consummati in unum et cognoscat mundus quia tu me misisti, et dilexisti eos, sicut et me dilexisti.*

Yo estoy en ellos y tú estás en mí; a fin de que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que tú me has enviado, y los has amado a ellos como a mí me amaste.

1) *Exégesis*

Jesús ha dado a los fieles la gloria que el Padre le ha dado, para que sean unos, así como el Padre y El lo son (v. 22). En virtud de este don, Cristo está en los creyentes como el Padre está en el Hijo, para que unidos por El y en El al Padre no formen sino un solo cuerpo. El rol mediador de Cristo resplandece aquí en breves palabras “ubi se mediatorem inter Deum et homines breviter intimavit” (348) comenta San Agustín.

Jesús habita moralmente en el corazón de los justos. “Cristo habite por la fe en vuestros corazones: estando arraigados y cimentados en caridad” (349). El está íntimamente unido al Padre por identidad de naturaleza: “¿no creéis que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?”. Estando, por tanto, los justos unidos a El no pueden menos de estar unidos entre sí del más perfecto modo, o sea, consumados en la unidad. Esta expresión

(346) *Etenim in uno Spiritu omnes nos in unum Corpus baptizati sumus (I Co. 7, 13).*

(347) Tr.: “Misterio de esta agua y vino”. (Palabras del Ofertorio de la Misa).

(348) Tr.: “Cuando (puesto que) tomó contacto brevemente con el mediador entre Dios y los hombres”.

(349) *I Co. 7, 13.*

es de una gran fuerza, pues significa estar de tal modo unidos que no hagan sino una sola y misma cosa.

“Y así conozca el mundo que tú me enviaste”. Es el mismo pensamiento, algo más desarrollado del v. 21. En la caridad deben los fieles ser testimonio de Cristo.

“Y que los has amado como me amaste a mí”.

El Padre los ama con un amor semejante al que profesa a su Hijo. La frase hace resaltar en forma admirable la extensión del amor de Dios para con los hombres. Toletto comenta así esta frase última:

“El beneficio que a mí, en cuanto hombres me diste, o sea, la divinidad se la diste también a ellos, y a ellos mismos a mi los quisiste unir a ti, lo cual es prueba que tú los amas con el mismo amor que a mí, aún cuando no igual” (350).

2) Elevación

“Ego in eis et tu in me”.

La unión de los fieles a Cristo. El gran dogma de nuestra incorporación al Cuerpo Místico. El fundamento de nuestra sobrehumana dignidad.

Como están unidos a la vida los sarmientos, así los fieles a Cristo de quien reciben la vida (351). La misma vida divina circula en nosotros y en El.

Aquél que de toda eternidad posee la plenitud de vida divina se ha hecho hombre y querido participarnos la gracia creada de que su alma estaba llena. “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad... y de esta plenitud todos hemos recibido” (352).

“Yo en ellos...” Existe entre Cristo y nosotros comunidad de vida,

“una íntima unión hasta hacer un mismo cuerpo con El, como los sarmientos y ramas de la viña hacen un mismo cuerpo con el tronco... una influencia interior de Jesucristo sobre nosotros, tal como aquella del tronco sobre las ramas del cual sacan el jugo para ser alimentadas” (353).

La Iglesia continúa este misterio de la incorporación de los cristianos a Cristo, y el sacerdote, ministro de la Iglesia tiene como misión primera, anunciar a los pueblos este gran mensaje”, la dispensación del misterio que de todos los siglos estaba escondido en Dios y que ahora se ha manifestado (354). Toda la acción sacerdotal debe dirigirse a eso; sea que predique o enseñe, sea que aconseje o absuelva, que administre los sacramentos o ejercite la caridad, su acción debe tener un norte; que la vida de Cristo se comunique a las almas, que Cristo se forme en los corazones de los que se acercan a El “hijitos míos, a quienes doy de nuevo a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros” (355). “Ego in eis... et tu in me...” Como consecuencia de esta unión estrecha a Cristo estamos también unidos a la Sma. Trinidad, vivimos en la íntima sociedad de las tres divinas personas.

(350) Toletto, cit. Knabenbauer, Op. cit.

(351) Jn. 15, 4.

(352) Jn. 1, 14, 16.

(353) Boussuet.— *Meditationes sin 'Evangile.*

(354) Ef. 2, 8.

(355) Ga. 4, 19.

Pero de esa unión de los fieles a Cristo y de Este al Padre, brota otra consecuencia; los cristianos están igualmente unidos entre sí por aquella unión perfectísima en la cual debe persistir, "ut sint consumati in unum", para que sean consumados en la unidad. Cristo viviente en nosotros es el lazo de unión que hace de las tres Iglesias, militante, purgante y triunfante, una sola Iglesia, un solo Cuerpo Místico. De aquí nace nuestra sublime y santa fraternidad cristiana; "ya no hay distinción de judío, ni griego, ni de siervo, ni libre, ni tampoco de hombre ni mujer. Porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo" (356). De aquí también brota nuestra solidaridad cristiana; cada miembro sufre lo que el otro sufre, cada uno aprovecha lo que a los otros es útil (357).

La caridad cristiana, la auténtica, no la que nace de vana sensiblería o humano filantropismo tiene aquí sus raíces. En la persona del pobre, del enfermo, del prisionero se descubre la adorable figura de Jesús y "lo que hacemos al más pequeñito, es a El a quien lo hacemos" (358). ¡Santa caridad cristiana que riega al mundo y que debe sobre todo anidar en el corazón del sacerdote! Ella hace decir la palabra generosa del Evangelio que en el curso de los siglos ha movido a tantas almas: "puesto que Jesús ha dado su vida por nosotros, nosotros también debemos darla por nuestro hermano" (359).

Ut credat mundus quia tu me misisti... Esta unión de los fieles en Cristo se manifestará externamente por efectos de una belleza del todo sobrenatural... y así el mundo creará, por el argumento de la caridad, que es el enviado del Padre.

La fuente de esta caridad, espectáculo del mundo, está en la acción oculta de la gracia,

"porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (360).

¡La apologética de la caridad! Más que sutiles ratiocinios convence en forma magnífica, el grande y supremo argumento "por el cual, al decir de Jesús, se conoce si sois mis discípulos" (361). Argumento de la caridad, arma indestructible del apostolado sacerdotal. Todo lo vence, todo lo conquista. Tengamos fe en ella. Con nuestras acciones repitamos el grito de San Juan "y nosotros hemos creído en el amor" (362) y así creará el mundo que Jesús es el enviado, el Mesías "el que debe venir" (363).

...*Et dilexisti eos sicut et me dilexisti*... Pero el mundo debe conocer en esta unión y concordia, la magnífica revelación del amor de Dios a los hombres, que con el mismo amor que ama a su Hijo Unigénito, ama también a estos hijos que en El ha adoptado, haciéndolos suyos.

"Charissimi, nunc sumus filii Dei" (364). Somos, por tanto, hijos de Dios. Con el mismo amor que ama a su Unigénito, nos ama también a nosotros. O más bien, en el amor a su Hijo somos amados por El.

(356) Ga. 3, 28.

(357) I Co. 12, 21-26.

(358) Mt. 25, 40.

(359) Jn. 15, 5.

(360) Rm. 5, 5.

(361) Jn. 13, 35.

(362) I Jn. 4, 16.

(363) Mt. 11, 3.

(364) I Jn. 3, 2.

El amor de Dios a nuestras almas. El misterio que hace estremecer de entusiasmo el alma de los Santos. Amor que como todo amor verdadero, es don. Y don de sí mismo. Amor, por el cual somos "consortes de la divina naturaleza" (365). Amor, por el cual la semilla de la vida divina está en el justo "semen ipsius in co manet" (366) y Dios permanece en forma estable y habitual en él; "Deus in nobis manet et charitas ejus in nobis perfecta est" (367).

La vida cristiana es una entrega al amor. Morir a sí mismo por amor. Ahí está, al decir de S. S. Benedicto XV, el secreto de la santidad.

"Hacer del amor el dueño de mis potencias interiores, el motor de mis acciones, pensamientos, deseos, querer y cualquier otra obra; dar a las más pequeñas y banales acciones, el sello divino del amor, he aquí lo que da un inmenso valor a la vida; lo que mata el pecado hasta sus raíces, lo que, a pesar de posibles recaídas y de repentinas debilidades, renueva a cada instante las bases del alma; he aquí lo que no cesa de consumir el alma, quitando, poco a poco, inevitablemente, lo que puede desagradarle" (368).

XXVII.— *La Suprema Oración*

V. 24. *Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum; ut videant claritatem meam quam dedisti mihi; quia dilexisti me ante constitutionem mundi.*

Oh Padre, yo quiero, que aquellos que tú me has dado, estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado; porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo.

1) *Exégesis*

Cristo Nuestro Señor ha pedido para los suyos que quedan en la tierra las grandes gracias; que sean libres del mal, que sean santificados en la verdad, que sean uno. Ahora pide la compañía de ellos en su eterna bienaventuranza y gloria. Para felicidad de los discípulos y glorificación de Jesús la gracia de la filiación debe desarrollarse en visión. Son "hijos y herederos. Hijos de Dios, coherederos de Cristo".

La súplica se inicia con el dulce vocativo de Padre. "*Quos dedisti*"... lo que me has dado. Así como antes (v. 6, 11, 12), con las mismas palabras ha pedido especialmente por los apóstoles así ahora lo hace nuevamente por ellos.

"Volo..." quiero. Es más que una súplica, la expresión ardiente de un deseo. Pero es el deseo de la Víctima del Calvario que tiene *derecho a ser oída*.

(365) 2 P. 1, 4.

(366) 1 Jn. 3, 9.

(367) Tr.: "Dios permanece en nosotros y su caridad hacia nosotros es perfecta"; 1 Jn. 4, 12.

(368) Vandeour.— "Afin de vivre".

Lo que Jesús pide y quiere es que sus discípulos no sólo vean la gloria de su humanidad sino la divina del Hijo de Dios, la que de toda eternidad el Padre le comunica junto con la naturaleza divina. La palabra "dedisti", o sea, "la gloria que me diste", los más probados autores dicen debe referirse a la generación eterna. Esta contemplación de la gloria infinita del Hijo de Dios formará la parte principal de la felicidad de los justos.

"Quia dilexisti me ante constitutionem mundi..." porque me amaste desde antes de la constitución del mundo. El Padre en signo de su eterno amor ha dado al Verbo la gloria eterna y es ésta la que los discípulos están llamados a contemplar. Eterno es el don del Padre así como es eterno su amor.

2) Elevación

Pater... grito que brota de lo más profundo del alma de Cristo; grito con el cual también clamamos "los que hemos recibido el espíritu de adopción de los hijos". Abba... Pater...

Vivir como hijos de Dios, con el sentimiento de filial abandono del que todo lo ha puesto entre sus manos. Somos verdaderamente sus hijos y su vida es la nuestra. En el alma del más débil niño que el bautismo ha identificado al Hijo Unigénito, podemos visitar a la eterna Trinidad.

"Cuando vino la plenitud de los tiempos Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley a fin que nosotros recibiésemos la adopción, y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo el cual nos hace clamar: Abba, Padre. Y así ninguno de vosotros es ya siervo sino hijo" (369).

Padre... con tu nombre en los labios voy a elevar mi suprema petición, parece decir Cristo. Es por ellos, "por los que me diste". Pido la eterna gloria, "que estén conmigo donde yo estoy", "en los esplendores de los santos", en la Jerusalén eterna donde Cristo es la luz "lucerna ejus... est Agnus" (370).

Cristo pide que contemplemos eternamente la gloria que el Padre le ha dado. Nuestra vocación es la imperecedera gloria del cielo. Suprema esperanza que debe alentar al cristiano, al apóstol, al sacerdote. Nuestra raza humana reconfortará los coros de los espíritus que la revuelta de Satán debilitó, y unidos a los Angeles fieles, nosotros, los rescatados por el Cordero, entonaremos el himno supremo de la gloria: "Acción de gracias, honor, poder, a nuestro Dios para siempre".

"Contemplar la gloria de Cristo, la que el Padre le dio, porque lo ha amado antes de la constitución del mundo".

Aquí está la fuente de nuestra gloria, de nuestra sobrehumana felicidad.

Isaías cantó: "Yo vi al Señor sentado sobre un trono elevado y sublime; las franjas de su vestido llenaban el templo y los Serafines clama-

(369) Ga. 4, 6-7.

(370) Ap. 7, 11-14.

ban uno a otro: "Santo, Santo, Santo el Señor, de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (371).

"Las franjas del vestido divino son aquí los escogidos, que son el ornato del Verbo, esplendor del Padre, ya que después que como cabeza de nuestra humanidad el Verbo la ha desposado, esta esposa es su gloria, como es también la de Dios (372). Ella misma, sin embargo, no tiene otro adorno que las virtudes de los Santos (373), adorno resplandeciente, cuya terminación será la señal de la consumación de los siglos (374).

Cada día nos aproximamos más a las nupcias de la eternidad. "Beati qui ad coenam nuptiarum Agni vocati sunt". Felices los que han sido invitados a las nupcias del Cordero (375).

XXVIII.— *Justicia y Amor*

V. 25. *Pater juste, mundus te non cognovit, ego autem te cognovi, et hi cognoverunt quia tu me misisti.*

¡Padre justo! el mundo no te ha conocido: yo sí que te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste.

1) *Exégesis*

"Los últimos versículos, dice Swete, resumen toda la oración. Ellos muestran el amor infinito del Padre, pero un amor que es según el orden y la justicia. Jesús hace un llamado a esta justicia en favor de sus discípulos. Su misión aquí abajo ha mostrado que el mundo no conocía al Padre, porque en su malicia no ha querido conocer al Hijo. Ha habido excepciones; discípulos fieles, y es justo que el Padre los mire con complacencia (376).

El versículo presente explica el anterior y demuestra que nuevamente el epílogo de su oración sacerdotal (v. 24-26) se dirige a pedir por sus apóstoles.

Padre justo... Antes había dicho, Padre Santo, ahora hace un llamado a la justicia divina pues va a pedirle a su Padre de juzgar entre el mundo y sus discípulos y dar a estos la recompensa que merecen.

"El mundo no te ha conocido", y éste es su mayor crimen; en cambio "yo te he conocido" y he hecho que ellos te conocieran creyendo en la divinidad de mi misión; el gran hecho en el cual se resume la predicación cristiana.

2) *Elevación*

Pater juste... A Ti Padre Santo que al mismo tiempo eres justicia infinita, Yo, tu Unigénito en quien te has complacido voy a pedirte que juzgues entre el mundo y mis discípulos. Tal es el sentido de la exclamación final de Jesús.

(371) *Is.* 6, 1-3.

(372) *I Co.* 11, 7.

(373) *Ap.* 14, 8.

(374) Gueranguer, "L'Année Liturgique", t. VI

(375) *Ap.* 19, 9.

(376) Huby, *Op. cit.* in loc.

El mundo no ha conocido a Jesucristo, "amó más las tinieblas que la luz" (377). Tampoco lo conoce hoy día. Cierra voluntariamente sus oídos a la voz del Evangelio y sus ojos a la luz de la verdad.

El mayor de los crímenes del mundo es su voluntad y obstinada ceguera.

"Si yo hubiese venido, dice Jesús, y no les hubiese hablado no tendrían pecado; en cambio ahora no tienen excusa de su pecado" (378).

¡Cerrar sus ojos a la luz! Cada vez que los abrimos al mundo los cerramos a la verdad. El Apóstol sólo mira al mundo para conocer sus heridas y curarlas. El espectáculo del mundo no puede satisfacer al que ha sido hecho únicamente para el conocimiento de Jesús.

"El mundo no te ha conocido". ¿Cómo iban a conocer al Padre si desconocían al Hijo, manifestación visible de su gloria? ¿Cómo pretendo conocer las cosas de Dios si no tengo mi vista en Jesús?

El mundo moderno busca justicia y al no hallarla se siente convulsionado. En el fondo de todos los movimientos sociales y políticos de hoy día hay una inmensa hambre de justicia social. Pero ¿cómo podrá hallarla sin conocer al "Pater juste", al Padre de toda justicia de quien desciende a los hombres toda la justicia que anhelan?

Apóstol, sacerdote, tú eres por excelencia el hombre que predicas la justicia. No la dura y terrible cuyo símbolo es la espada y la venda sobre los ojos, sino aquella desbordante de caridad y misericordia cuyo símbolo es el corazón ardiente en llamas de Jesús.

La perfección cristiana es la justicia perfecta y la justicia es perfecta cuando la caridad también lo es "Charitas perfecta, perfecta justitia est" (379).

Predicar la justicia es hacer conocer a Cristo, manifestación visible de la suprema justicia de Dios, es enseñar a buscar ante todo "el reino de Dios y su justicia para que las demás cosas se nos den por añadidura" (380).

La perfecta justicia que el apóstol de Cristo debe enseñar no está cargada de recriminaciones que dividen, ni de palabras que hieren sino desbordante de caridad que enciende y que levanta. Ella consiste en la observancia de los preceptos divinos de tal modo cumplidos que hasta el más leve pecado pueda ser evitado. Pero es la caridad la que a eso nos impele. Cuando se ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas se vive totalmente en la justicia, puesto que se ama soberanamente lo que Dios prescribe hasta el punto de no contravenirlo jamás. "Tunc ergo plena erit justitia quando plena sanitas; tunc plena sanitas quando plena charitas..." (381).

¡Pater Juste... enseña a sus sacerdotes a vivir en la justicia que nace de la caridad! Nunca entre en nosotros la peligrosa separación "que el mundo que no te he conocido" ha pretendido establecer entre estas virtudes tratando de oponer una a la otra. Tengamos siempre presente la magnífica

(377) *Jn.* 3, 19.

(378) *Jn.* 15, 22.

(379) Tr.: "La caridad perfecta es perfecta justicia"; S. Ag. "*De Nat et gratia*".

(380) *Mt.* 6, 33.

(381) Tr.: "Entonces será por tanto plena la justicia cuando lo sea la salud; será plena la sanidad cuando lo sea la caridad", Sn. Agustín: *De perfecta justitia hominis*, cap. III.

doctrina que Agustín —el Doctor simbolizado en un corazón— nos presenta:

“Cuando la caridad comienza en un alma, la justicia también comienza; cuando la caridad progresa, también progresa la justicia; cuando la caridad es grande, la justicia es grande también; cuando la caridad es perfecta, también es perfecta la justicia” (382).

Los grados de justicia como los de perfección se miden por la caridad.

“Ego autem te cognovi...” Yo en cambio te conocí. ¿Quién puede con mayor propiedad que Jesús decir al Padre “te conocí”? El que es “*imago substantiae ejus*” la imagen de su substancia, “*splendor gloriae*”, el esplendor de su gloria, su Verbo, palabra substancial y única en la cual el Padre de toda eternidad se conoce.

Visión de Dios que orienta y llena la vida del cristiano. A los ojos de la carne, el infinito no puede aparecer y las manos no pueden asirlo... A la luz de Cristo los seres nos revelan la presencia misteriosa de Dios, en ellos, aprendemos a ver a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios. “La luz de tu Rostro se levantó sobre nosotros, Señor, Tú has derramado la alegría en nuestros corazones” (383).

“Et hi cognoverunt...” Y estos, mis apóstoles, instruidos por tu palabra conocieron que tú me habías enviado, “porque Yo les di las palabras que Tú me habías dado, y las han recibido, y han verdaderamente conocido que Yo he salido de Ti, y han creído que Tú me has enviado” (v. 8).

El gran hecho en el cual se resume la predicación evangélica es creer que Cristo es el Mesías, el Enviado, el que debe venir. Se es apóstol a la medida de la fe que se tiene en la divina misión de Jesucristo. “Vos autem quem me esse dicitis” pregunta a los Doce como condición previa para lanzarlos a anunciar la buena nueva ¿quién decís que Yo soy?”. Y a nombre de ellos y de todos los que lo sucederían en el transcurso de los siglos en la apostólica tarea, Pedro responde: “Tu es Christus Filii Dei vivi” (384).

Señor, pon en mi boca y en mi corazón el grito ardiente de fe de Simón hijo de Jonás, el grito que no la carne ni la sangre le revelaron sino el Padre que está en los cielos: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Haz que ese grito sea mi vida. Que mi existencia toda entera no sea sino la proclamación serena pero ardiente de tu divinidad.

Ser testimonios vivientes de tu divinidad, tal es la misión del sacerdote. En medio de una humanidad perdida apareció en la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios hecho hombre, para dar al mundo el gran mensaje de vida. En medio de la humanidad actual el mismo mensaje sigue resonando a través del Sacerdocio de Cristo viviente en sus sacerdotes. Recordar a los hombres que hay en ellos la vida divina que el Hijo de Dios vivo vino a traer a la tierra, predicar el Misterio de vida, distribuir el manjar de la vida, cantar la vida que Cristo nos trajo, vivir para la Vida; ahí se encierra toda nuestra vocación.

Vine para que tuvieran vida, y en abundancia (385).

(382) *De Nat. et gratia*, cap. 70, N° 84.

(383) *Sl.* 4, 7.

(384) *Mt.* 16, 16.

(385) *Jn.* 10, 10.

XXIX.— *Mi Amor en ellos*

V. 26. *Et notum feci eis nomen tuum, et notum faciam, ut dilectio qua dilexistis me, in ipsis sit, et ego in ipsis.*

Les he hecho conocer tu nombre y se los haré conocer, a fin que el amor con que me has amado en ellos esté y yo con ellos.

1) *Exégesis*

Cristo les ha hecho conocer al Padre y quiere continuar esa manifestación entre los suyos, a fin que ese amor infinito con que el Padre lo ha amado esté en ellos y así por medio de ese amor El viva siempre en sus discípulos.

Cristo al terminar su oración parece decir a su Padre:

“Les he hecho conocer tu nombre o sea tu naturaleza y perfecciones y lo haré aún mayormente conocer después de mi resurrección por la venida del Espíritu Santo, a fin que tú los ames con un amor semejante a aquel que a mí me tienes, y yo habite en ellos y les esté íntimamente unido como la cabeza lo está a los miembros” (386).

Explica Jesús en este último versículo lo que El ha hecho por sus discípulos: “les he hecho conocer tu nombre”, lo que ya había expresado al iniciar su oración sacerdotal: “manifestavi nomen tuum hominibus quos dedisti mihi de mundo” (387). Ahora añade lo que va a hacer por ellos en el futuro; así como les hice conocer tu nombre, así también lo haré conocer en adelante “notum faciam” (388). Esta promesa Cristo la cumplió, parte después de la Resurrección, abriéndoles el entendimiento “para que comprendiesen las Escrituras” (389) y “hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios” (390), parte, prometiéndoles y enviándoles el Espíritu Santo “que recibirá de lo mío y os lo anunciará” (391).

La doble razón presentada por Cristo; haber dado en el pasado y dar en el futuro a conocer al Padre lo mueve para pedirle a Este ardientemente por sus discípulos, y la súplica que por ellos hace es “que el amor con que me has amado en ellos esté y yo en ellos” (392).

Pide que el amor del Padre esté en ellos, que les dé su amor. Ruega para que el Padre ame a los discípulos.

2) *Elevación*

“Yo les haré conocer tu nombre...” Para esto, para completar su obra, enviará a su espíritu. “Rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente, el Espíritu de Verdad... que morará en vo-

(386) Ver S. Fco. de Sales en *loc. cit.*

(387) Tr.: “He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo”.

(388) Tr.: “Lo haré conocer”.

(389) Lc. 24, 45.

(390) Hch. 1, 3.

(391) Jn. 16, 14.

(392) Jn. 17, 26.

sotros y estará dentro de vosotros, “apud vos manebit, et in vobis erit” (393). Cuando El venga os enseñará todas las verdades (394). “Y cuando los días de Pentecostés se hubieron cumplido —cum complerentur dies Pentecostes” (395). Cuando los apóstoles en el retiro del Cenáculo “cum María Matre Jesu” (396) en ardiente oración esperan la promesa del Padre que han escuchado de labios de Cristo, cuando el clamor de sus almas ardientes parece querer acelerar el momento ansiado, el “altísimo don de Dios”, el Paráclito, desciende sobre la Iglesia.

Ha llegado la hora de tercia. El Decreto eterno va a cumplirse. El Padre y el Hijo de cuyo mutuo y eterno amor procede, envían a la tierra al Espíritu Santo, tercera persona de la Augusta Trinidad, para que cumpla hasta el fin de los siglos la misión de formar la Iglesia, esposa y reino de Cristo, de asistirla, mantenerla y en ella salvar y santificar las almas.

El fuego ha descendido sobre el Cenáculo. La caridad ha prendido ahí su llama divina. La Iglesia nacida del costado abierto de Cristo, aparece en su hermosura primera, “sin mancha, ni arruga”, purificada en el Verbo de la vida. El don de Dios ha llegado al mundo. El Espíritu Santo derrama su efusión divina, y como en la profecía de Isaías se posa sobre la Iglesia para ungirlos con sus septiformes carismas.

Ubi Ecclesia, ibi Spiritus — Donde está la Iglesia ahí también está el Espíritu. Es el alma que le da vida, que guarda su unidad y que la llena de vigor y de belleza.

Desde el primer instante, como para demostrar su posesión, produce en ella múltiples y variados efectos. Dones diversos con que la enriquece en sus miembros.

“A unos da la palabra de sabiduría a otros la palabra de ciencia, a otros el poder de milagros... pero la fuente es un solo y mismo Espíritu que distribuye en particular a cada uno sus dones como le place (397).

De una manera especial esa acción del Espíritu Santo en la Iglesia comienza a manifestarse en su Jerarquía divina. El elige, llama y coloca a los que trabajarán en ese “arte de las artes que es el gobierno de las almas”.

Es el “Espíritu Santo quien puso a los Obispos para regir la Iglesia de Dios”, es el espíritu vivificante quien por misteriosas rutas conduce a sus elegidos al Santuario, es por la donación de ese mismo Espíritu como quedan consagrados sus ministros “accipite Spiritum Sanctum” (398) es por su sello indeleble cómo el carácter de su sacerdocio eterno se imprime en ellos, y es por “la longanimidad en el Espíritu Santo como deberán mostrarse en todas las cosas verdaderos ministros de Dios” (399).

A los apóstoles que forman la Jerarquía sobre la cual se edifica la Iglesia, los llena de verdad. Es su Maestro interior que los ilumina y explica las palabras de Jesús “Ille me clarificavit” (400). En los tribunales, repletos de su gracia, los hace dar con elocuencia y valor admirable el testimonio de su fe. Las lenguas de fuego que en esa mañana de Pentecostés se posan sobre cada uno de ellos son un símbolo expresivo de la caridad que

(393) *Jn.* 16, 14.

(394) *Hch.* 1, 3.

(395) *Jn.* 16, 13 *Hch.* 2, A.

(396) Tr.: “con María su Madre”: *Hch.* 1, 14.

(397) *1 Co.* 12, 10-11.

(398) Tr.: “Reciban el Espíritu Santo”: *Jn.* 20,20.

(399) *Cfr.* 2 *Co.* 6, 6.

(400) Tr.: “El me ha glorificado”.

enciende en sus corazones, "qui facit ministros suos ignem urentem" (401) el que hace a sus ministros fuego que abrasa. Llenos de la santa ebriedad del Espíritu, anuncian a la multitud de peregrinos que oyen en sus diversas lenguas las grandezas de Dios, que en ese instante se cumple la profecía de Joel, que una nueva vida circula por la humanidad regenerada, que el Israel carnal de la ley antigua ha muerto y surge un Israel espiritual, un nuevo pueblo escogido donde no se entrará por la sangre o por la raza sino por el agua y el espíritu de Dios "Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto non potest introire in regnum Dei" (402).

Sobre esa Jerarquía divina desciende el espíritu de fortaleza y cambia a los pusilánimes apóstoles de ayer, en los intrépidos mártires de mañana, en los que:

"Iban gozosos a presencia del concilio porque habían sido encontrados dignos de sufrir injurias por el nombre de Jesús" (403).

Al través de los siglos el Espíritu de Fortaleza y de Verdad, de Santidad y de gracia, continúan vibrando en esa Jerarquía que gobierna y dirige a la Iglesia; el heroísmo de los Mártires, la intrepidez de los Confesores, la serena resistencia de los defensores de la fe, los "non possumus" (404) y los "oportet magis obedire Deo quam hominibus" (405) seguirán resonando en el curso de la historia como señal evidente que el mismo espíritu que descendió sobre los Doce, se conserva y anima la labor de sus sucesores.

"Donde está la Iglesia ahí también está el Espíritu de Dios".

El apóstol está marcado con el Sello del Espíritu Santo.

El sacerdocio es fruto de su acción. La venida del Verbo aquí a la tierra, o sea el sacerdocio de Cristo, fue su obra, "concepit de Spiritu Sancto" (406).

La gracia de unión que fundió en una sola persona las dos naturalezas, El la realizó: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual El me ungió" (407) con el eterno sacerdocio. El inspira la actividad sacerdotal de Cristo "ductus in deserto a Spiritu" (408) su obra por excelencia, su sacrificio redentor que salva al mundo, es ofrecido por un impulso de ese mismo Espíritu "Que por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo, inmaculado a Dios" (409).

El Sacerdocio de Cristo brilla en la luz del Espíritu Santo y el batir de las alas de la divina paloma atraviesa toda su vida.

Apóstol, eres testimonio viviente del Espíritu. "No lo extingas" en tu alma (410). "No lo entristezcas" con tu mezquindad de corazón (411).

Cristo con su palabra hizo conocer al Padre "notum feci eis nomen tuum". Enviando sobre la Iglesia y especialmente sobre los sacerdotes su

(401) Tr.: "que hace a sus ministros fuego ardiente".

(402) Tr.: "Si alguien no renace por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios": *Jn.* 3, 5.

(403) *Hch.* 5, 41.

(404) Tr.: "no podemos".

(405) Tr.: "es necesario obedecer más a Dios que a los hombres": *Hch.* 5, 29.

(406) Tr.: "concebido del Espíritu Santo": Cfr. *Mt.* 1, 18.

(407) *Lc.* 4, 18.

(408) *Mt.* 4, 1.

(409) *Hbr.* 9, 14.

(410) *Ef.* 4, 30.

(411) *Ef.* 4, 30.

Espíritu, hace conocer al Padre hasta el final de los siglos “et notum faciam” — “Les he hecho conocer tu palabra y se las haré conocer”.

Ut dilectio qua dilexisti me, in ipsis sit...

Para que el amor con que me amaste esté en ellos...

La oración desbordante de amor no podía terminarse sino por una súplica de amor; que el Padre ame a los discípulos de Cristo como ha amado al mismo Cristo.

El Padre nos da su amor y en prueba de que nos ama nos adopta como hijos suyos “ved con qué amor nos ha amado el Padre para que nos llamemos y seamos hijos de Dios” (412).

Por esa filiación adoptiva y en prueba del infinito amor que en Cristo nos profesa, Dios hace de nuestras almas su templo”; si alguno me amare, dice Jesús, mi Padre y yo le amaremos y vendremos a él y haremos mansión dentro de él” (413).

“La unión está tan bien establecida, es tan profunda, tan firme, que por su naturaleza es permanente. Es un “don inmutable” (414). Los Tres hacen algo más que visitarnos; se establecen a perpetuidad. Nuestra alma se convierte en un cielo y nuestra vida íntima es como un prelude y un principio de la felicidad eterna. Nuestro Señor decía “El reino de Dios está dentro de vosotros” (415). Por esto San Pablo se atreve a escribir: “el templo de Dios es santo y vosotros sois ese templo... Vosotros sois el templo de Dios vivo” (416).

“El amor con que me amaste esté en ellos”.

“En caridad perpetua te amé y por eso lleno de misericordia te atraje” (417).

Quiso comunicarnos por el Espíritu Santo su amor y así “la caridad de Dios se difundió en nuestros corazones”.

Y fue don perpetuo, porque el “que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él” (418).

El sacerdote debe vivir consciente de ese amor de predilección que el Padre por Cristo le dispensa. Debe a su vez ser apóstol de ese amor. “Quiero que mis sacerdotes, dice Jesús, a un alma, sean sembradores de amor” (419).

Fue un impulso infinito de amor misericordioso el que llevó al Verbo a encarnarse tomando un cuerpo mortal “amor coegit tu tuus mortale corpus sumere” (420).

De ese mismo amor, que Cristo pide al Padre derrame en sus elegidos debe vivir el sacerdote. El torrente de amor infinito que desciende de la Trinidad, pasará en cascadas sucesivas por Cristo a la Iglesia, por sus sacerdotes a las almas, para arrastrar a todas ellas en esa corriente de vida divina que estrecha en misteriosa comunicación el cielo con la tierra, la creatura en el Creador.

(412) 1 Jn. 3, 1.

(413) Jn. 14, 23.

(414) Rm. 11, 29.

(415) Lc. 17, 21.

(416) 1 Co. 3, 16.

(417) Jrm. 31, 3.

(418) 1 Jn. 4, 16.

(419) Ver Bernadot: *De la Eucaristía a la Trinidad*.

(420) Lit. de Navidad.

La voz de Pablo nos llega desde el fondo de los tiempos apostólicos para advertirnos “que haciendo la verdad en la caridad crezcamos en aquél que es la Cabeza, Cristo Nuestro Señor” (421).

Cristianos, sacerdotes, venimos de la región donde la luz y el amor permanecen eternamente abrazados. Nacidos en la eternidad de una palabra de su alma divina, la caridad nos urge siempre y no nos deja sino el reposo del sacrificio que ha sido nuestra cuna.

El apóstol es un hombre que ha amado mucho a Dios y por El apasionadamente a sus hermanos para hacer de su propia vida la de ellos, y la de ellos la suya (422). El apostolado es la caridad irradiando la vida.

Ante ti, sacerdote del siglo veinte, se yerguen las sombras benditas de los sacerdotes que han sido en el correr del tiempo manifestación visible de la caridad de Dios. Pablo que anhela “ser anatema por sus hermanos” (423) y que desde las alturas de la Acrópolis siente el aguijón de fuego de predicar hasta la muerte al Dios desconocido; Agustín el Doctor de la gracia y de la caridad, cuyo corazón inquieto no encontró reposo hasta descansar en Dios y cuya pluma sólo cayó con la muerte de sus manos; Bernardo de Claraval “el hombre más contemplativo y el más activo de su siglo”; Francisco, el serafín de Asís que va por los caminos, despojado con la hermana pobreza y que a cada alma murmura el mensaje que hoy sigue repitiendo sobre el mundo “soy el heraldo del gran Rey”; Francisco Javier, el divino impaciente... y siguen así desfilando sacerdotes y monjes, religiosos y misioneros que en interminable cortejo van diciendo a tu espíritu: “el que no ama permanece en la muerte, porque Dios es amor” (424).

A impulsos de ese amor, sacerdote, camina, eres un nuevo eslabón de la cadena que en el transcurso del tiempo sigue uniendo al mundo con la Cruz. Avanza, tus pies son benditos porque “evangelizas la paz y evangelizas los bienes” (425). Enciende, porque trabajas en nombre de ese Dios que hace a sus ministros “fuego que abraza” (426).

Predica, muestra al mundo con tu palabra y con tu vida el signo de amor y redención de los tiempos nuevos, lleva el mundo al Corazón de Cristo para que en El encuentre el océano infinito de la caridad de Dios.

Así se realiza la suprema petición de Cristo “que el amor con que me amaste en ellos esté y yo con ellos”.

XXX.— *La Obra consumada*

La oración ha terminado. Ha sido ya dictado el Código de santidad sacerdotal.

Jesús ha pedido para sus apóstoles presentes y futuros todo lo que su corazón podía desearles mejor; el amor del Padre con la presencia de Cristo en la unión al Espíritu Santo.

Sólo le resta morir para merecer a los hombres y en especial a sus sacerdotes estos bienes inestimables.

“Consumé la obra que me diste para realizar” (v. 4).

(421) *Au service de Jesus Prêtre. Ef. 4, 15.*

(422) *Lacordaire.*

(423) *Rm. 9, 3.*

(424) *I Jn. 3, 14.*

(425) *Rm. 10, 15.*

(426) *Sl. 193, 4.*

Aquí se nos ha dado a nosotros, la medida de la caridad sacerdotal “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin” (427).

“La Iglesia vive de dos principios: el sacrificio personal de Jesucristo y su sacrificio continuado en sus miembros. Ni la Misa ni el martirio pueden entre nosotros cesar” (428).

Obediente a la voz del Maestro, guardando reverente en nuestros pechos las palabras de su suprema oración sabremos vivir de su sacrificio, hacer que las palabras inmolación y sacerdocio sean dos términos corelativos de tal modo que no podrá pensarse en el altar del sacrificio sin recordar al sacerdocio, ni hablar del sacerdocio sin pensar en víctima y altar.

Plegaria del Cenáculo que al siguiente día se confirmará en el Gólgota, ella me enseña que los solos labios que persuaden son los que se humedecen a menudo en el Cáliz del Maestro.

Con ella como escudo el sacerdote se sentirá fuerte para llenar su misión y poder en cada una de sus acciones repetir la plegaria del eterno sacerdote:

Opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam (429).

A D V E R T E N C I A F I N A L

Al concluir estas sencillas elevaciones, vuelvo a repetir lo que dije a su comienzo: no he pretendido hacer una exégesis propiamente dicha, ni tampoco un manual de meditaciones, sino simples elevaciones evangélicas que puedan servir tanto a la lectura como a la meditación.

No se busque en ellas ni el desarrollo ordenado de una tesis ni un Código de vida espiritual.

Dentro de los variados temas que se tratan, hay eso sí, un pensamiento central: el sacerdocio de Cristo y nuestro sacerdocio. Tal como debe ser nuestra vida, que, entre múltiples ocupaciones y actividades siempre persigue un supremo objetivo: vivir nuestro sacerdocio.

Vide ministerium quod accepisti in Domino ut illud impleas (430).

(427) *Jn.* 13, 1.

(428) Mons. Gay.

(429) Tr.: “He consumado la obra que me diste para que hiciera”: *Jn.* 17.

(430) Tr.: “Mira el ministerio que recibiste en el Señor para que lo realices”: *Col.* 4, 17